

San José, Costa Rica

1926

Sábado 10 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Momentos emocionantes*, por Teresa de la Parra.—*Obreros y maestros*, por Amanda Labarca Hubertson.—*Fragmentos de Andrenio*, Luis Bello, Gómez de Baquero, J. Roig y Bergada.—*Página lírica* de Simón Latino y Agustín Castelblanco.—*La caricatura de Blanca Milanés*, por Edmundo Velázquez.—*Hazme suave el instante*, por Alberto Masferrer.—*Libros y autores hispano-americanos*, por Carlos Wyld Ospina.—*El Cardenal Mercier*, por H. A. Pallais.—*Dos realidades evidentes*, por Jorge Guillermo Leguía.—*Colorido americano en Ifigenia, libro de Teresa de la Parra*, por Cornelio Crespo y Vega.—*Sueño de una noche de otoño*, por Rafael Alberto Arrieta.

En la madrugada del sábado.—... A las ocho de la mañana, cuando yo estaba sumergida en la paz de un sueño profundo, tía Clara que no se había ido a misa, vino al cuarto en donde yo dormía, dió con sus nudillos en la puerta, y me despertó diciendo:

—¡Levántate ya, María Eugenia, que Pancho se ha puesto muy mal!

Un momento después, cuando ya vestida, pálida e inquieta, entré al cuarto de tío Pancho, miré con avidez sobre la cama y ví entonces con horror, cómo allí, tendida en la cama, inmóvil y blanca, encima del colchón, bajo las sábanas, y arriba hundiendo las almohadas, la muerte se había acostado ya sobre el cuerpo de tío Pancho.

Gabriel, solo en el cuarto, de pie junto a la cabecera, le tenía tomado el pulso, y miraba tristemente la cabeza atormentada y buena de Cristo moribundo, por entre cuya boca, aleteaba dulcemente la agonía.

Al verle así, toda acongojada y nerviosa, me acerqué a la cama junto a Gabriel, tomé entre las mías una de las pobres manos que caía desmayada sobre el colchón, y al sentir que estaba helada, helada y húmeda y dura, como las manos ya muertas, estremecida de espanto, faltando a mi resolución, sin pensar en el disgusto de la tarde anterior, hablé de nuevo a Gabriel al preguntarle ansiosa más con mi susto que con mis labios:

—Y esto... ¿qué será esto, Gabriel?

Él, muy triste, y muy quedo, contestó diciendo lo que yo demasiado sabía:

—Esto es que ahora... ¡ya se va!

Y ¡cosa extraña! Yo que lo sabía muy bien; yo, que desde hace una semana, convencida y segura, esperaba con resignación la llegada de esta muerte; yo, que acababa

Momentos emocionantes

—De la novela *Ifigenia* (Diario de una Señorita que escribió porque se fastidiaba), por TERESA DE LA PARRA. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. París.

Y a Teresa, las más sentidas gracias por el ejemplar con que nos obsequió y que hemos leído con todas las simpatías de lector captado por la benevolencia de la fina escritora venezolana.



Teresa de la Parra

Con efusión y contento por este triunfo de las letras hispano-americanas, ensayando un ademán de elegancia romántica me inclino ante esta joven y bella autora, que no contenta de ir por la vida pisoteando mirtos, se adorna también con la simbólica rama de laurel.

C. C. y V.

(Véase en esta entrega el artículo de la página 27).

de verla ahora con mis ojos y frente a frente; yo, que acababa de sentir su contacto helado bajo el ansia de mis manos, al oír que Gabriel la anunciaba con su voz, sentí un terror inmenso que me enfrió todo el cuerpo, y entonces, temblorosa, en una interrogación donde se retorció este dolor de las separaciones eternas, y en donde también, con exaltada amargura, se asomó sinceramente, todo, todo mi secreto desamparo, sin saber lo que decía, pregunté:

—¿Y hora, Gabriel, ahora Dios mío, ahora sin él que tanto me quería, qué va a ser de este horror de mi vida tan sola y tan desesperada?

Y como aquella voz mía, voz de desolación y de sinceridad, era la misma de los que piden amparo, Gabriel, suave y condolido, junto a la agonía de tío Pancho, me amparó entre sus brazos misericordiosos, y dijo con el más convencido de los apasionamientos:

—¡No se quedará sola, María Eugenia, ni se quedará desamparada, porque se quedará conmigo que la adoro como nadie ha adorado nunca a nadie sobre la tierra!

Y en tan hondo desconsuelo, Gabriel supo poner dentro de sus palabras tal consuelo de unión, y puso tanta fraternidad, y puso tanta energía de amor, y puso tanta ternura de protección, que yo, sintiendo junto a él la causa común de los que unidos se equilibran la existencia, en mi gran debilidad de desamparo, olvidé las distancias sagradas que separan las vidas, y desmayé por un instante mi cabeza sobre el cariño de su hombro... Y después... sí, sí... un instante después, cuando por segunda vez, como la víspera en el comedor, tuve el contacto divino de sus labios sobre los míos... ¡sí!... cuando por segunda vez en mi vida, tuve sobre los míos la delicia de sus

labios... ¡ah! lo que sentí!... Sentí, una ola de consolación que me fué cubriendo, cubriendo toda entera, y que al detenerse de pronto en mi boca, besó también apasionadamente, la boca misericordiosa de Gabriel.

Y fué entonces... ¡ah! sí... creo que debió ser entonces, en el espacio brevísimo que duró mi beso, cuando miré cruzar con la rapidez violentísima de los relámpagos, esa dicha infinita y ya imposible para mí, que es el verdadero amor sobre la tierra... Y al mirarla cruzar así tan cercana y tan imposible, su luz deslumbradora como la luz mortal de los rayos, me iluminó vivamente en un segundo, toda, todita la negrura de estas tinieblas que me rodean ahora, y que habrán de rodearme ya para siempre... ¡siempre!... Pero también fué esa luz vivísima la que trágicamente me iluminó a mí misma, cuando en un chispazo muy claro, ví de pronto y con horror, el horror de lo que estaba haciendo mi boca, junto al cuerpo agonizante de tío Pancho. Entonces impulsada por la propia fuerza de mi horror, logré desatarme de aquellos brazos consoladores de Gabriel, que me oprimían con infinita y dulcísima fraternidad de amor...

Un instante después, cuando libre completamente de sus brazos, con el espanto de mis ojos abiertos, busqué y hallé abiertos frente a nosotros, los ojos vidriados y fijos de tío Pancho, me pareció que allí, sobre aquella inmovilidad tétrica, se estaba reflejando toda la imposibilidad de nuestro amor, como se refleja el cielo sobre las ciénegas turbias donde se baña la muerte. Y así, acrecentando mi horror más y más ante la fijeza de los ojos vidriados, volví por fin a la plena normalidad de mi criterio, y con mi mano derecha muy trémula y muy crispada, aparté nerviosamente a Gabriel de junto a mí y enseñándole con la vista el cuerpo de Cristo moribundo, dije, ahogando mis palabras, en el terror de mis sollozos:

—Gabriel, por Dios!... ¡Que estamos profanando la muerte... y que estamos profanando a Cristo!...

Y por segunda vez, como la víspera en el comedor, también ahora cayendo de rodillas a los pies del lecho mortuario, apoyé de golpe mis brazos entrelazados sobre la cubierta de la cama, enterré en ellos mi cabeza horrorizada y comencé a llorar profundamente...

Gabriel, como un loco en trance de locura furiosa, arrodillándose también cerca de mí, junto a los pies ya helados de tío Pancho, me habló, mucho rato sin parar, en voz rápida y bajísima con infinito frenesí, y en aquel frenesí de locura y de amor, al rogarle por Dios que no llorara, recuerdo que me dijo:

—¡Que eres mía, María Eugenia de mi alma y que has de ser siempre mía, porque yo te adoro y tú me quieres, sí, me quieres! ¡me quieres! ¡me lo acabas de decir en la elocuencia de tu beso!... sí, María Eugenia, porque sólo así, así, solamente en lenguaje de besos, se confiesan estos amores altísimos que no pueden decirse con

palabras, porque el mundo, en su imbecilidad criminal, no lo permite. Pero nosotros, nosotros que nos adoramos por encima de todo, despreciaremos el mundo, y despreciaremos los convencionalismos, y despreciaremos las leyes, y despreciaremos todo, todo, todo cuanto se nos atravesase en el camino, porque nuestro amor es más grande, y más fuerte, y más respetable que ellos... ...Sí... ¡Sí!... María Eugenia, mira, aquí mismo los dos cerquita y de rodillas, como los que se casan en la iglesia, nos estamos casando ahora ante nosotros mismos, junto a este cuerpo de Cristo agonizante, que nos bendice en nuestro amor inmenso, y que siendo la imagen de Cristo agonizante: ¡miralo!... ¡miralo!... es también el cuerpo agonizante de Pancho, que, como un Padre, nos ha reunido para bendecirnos juntos en la hora suprema de su muerte!...

Pero yo, a través de mis sollozos profundos, horrorizada al oír tanta dicha imposible dentro de tantísima profanación, lo callaba diciendo:

—¡Gabriel!... ¡Que eso es un sacrilegio que no puede ser!... ¡Que estamos profanando la muerte!... ¡Que estamos profanando a Cristo!...

Gabriel, sin oírme, desesperado y dulcísimo seguía hablándome, y hablándome, con aquel tuteo de pasión que me embriagaba y me quemaba de amor los oídos, como los besos me habían quemado la boca... sí, ¡la boca! la boca para siempre encendida y callada de besos, que ahora enterrada en la cama no podía sino repetir entre sollozos:

—¡No puede ser!... ¡No puede ser!

Al fin, cansado de tanto argumentarle a a mis oídos, viendo que mi lengua le negaba todo, Gabriel, rendido de amor y de cansancio, se dió a implorarme humildemente, con la imploración perseverante de las letanías, y allí, a mi lado, de rodillas como si estuviera rezando por tío Pancho la letanía de los agonizantes, solo, repitió por mucho tiempo sin tregua y sin cesar:

—¡Dime que serás mía, María Eugenia de mi alma!... ¡dime que serás mía!... ¡dime que serás mía!... ¡dime que serás mía!... ¡dime que serás mía!

Y así, cuando más unidos en desesperación nos hallábamos Gabriel y yo, él, con la desesperación habladora de sus palabras, y yo con la desesperación callada de mis lágrimas, lentamente, una tras otra, con gran unción y tristeza, fueron entrando en el cuarto: primero tía Clara, luego la enfermera, y por último Gregoria, que, llorosa, caminando muy despacio, guareciéndose del aire, traía encerrada dentro de la piedad de sus manos negras, la blanca vela del alma, ya encendida y palpitante, como el suave palpar de aquella vida, que se iba apagando, poco a poco, de entre los labios exangües.

Como Gabriel y yo, ellas también, piadosamente, fueron quedando de rodillas alrededor de la cama, y entonces, tía Clara, que se había arrodillado junto a la cabecera, muy cerca de la almohada, sosteniendo en su mano izquierda la mística vela del alma,

y sosteniendo en la derecha un novenario abierto tan usado y tan marchito como sus propias manos, con la misma voz ferviente, monótona y perseverante con que me había implorado Gabriel, ella también comenzó a repetir, y a hacernos repetir en coro las dolientes y tristes imploraciones de las Siete Palabras.

Con mi cara escondida y bañada de lágrimas, al ritmo melodioso y funerario que marcaba tía Clara, durante un largo rato, en la oscuridad de mis ojos cerrados, repetí y repetí, intensamente, con palabras y con todas las fibras de mi cuerpo, la dulce música lenta de las Siete Palabras.

Después, cansada de llorar, desenterré poco a poco la cabeza enterrada entre mis brazos, y entonces, frente a mí, con mis ojos turbios de lágrimas, consideré de nuevo la luz mortecina de los ojos vidriados, y con la luz vivísima de los míos, me dí a preguntarles desesperadamente, si ellos, en el misterio de su espejo, le habrían mostrado al alma viajera de tío Pancho aquel beso de profanación que yo acababa de prodigar junto a su muerte... y mirándoles, mirándoles, inmóviles, y fríos, a través del espejo misterioso, acabé por conversar también con el alma viajera, y me despedí de ella diciéndole desde lejos, y con solo mi vista palpitante de lágrimas: «Tío Pancho, Papá, a su muerte, me dejó en herencia la pobreza y la servidumbre... pero tú, tío Pancho, ¡tío Pancho!... ¿que herencia trágica y terrible vas a dejarme tú?...»

Y como ahora mi voz, en el dolor monótono del coro, estaba repitiendo ya junto a la voz hermana de Gabriel: «—¡Sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor!... ¡Sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor!...» fundí en una misma sed abrasadora lo irremediable de la muerte, con lo irremediable de mi infinito amor, y vencida, en brazos de la amargura, anhelando ya tan sólo probar el agua que se bebe más allá de la tumba, al lado de Gabriel a quien ya no podía volver a hablar más nunca, seguí repitiendo: «—¡Sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor! Sed tengo, mi Dios...»

¡Ah!... pero aquella sed de amor que me hacía anhelar el agua de ultratumba, aquella sed de amor junto a Gabriel y junto al lecho mortuario de tío Pancho, no era la sed de Dios en los labios resecaos de los agonizantes, no, no, no, ...¡no es verdad! era sólo mi sed de amor, mi sed mortal de amor, que ya estaba empezando a proclamar mi voz, como después y desde entonces, hace más de veinte horas, junto al cadáver helado de tío Pancho, me la ha estado proclamando a gritos mi cuerpo entero.

¡Ah! pero mi cuerpo se ha de morir de sed, ...porque mis ojos... sí, ...mis ojos vivos, ...¡lo juro ante esa puerta, detrás de la cual sus pasos de amor, me están diciendo palabras de amor!... mis ojos vivos, no han de mirar ya nunca, nunca más la persona adorada de Gabriel!...

¡No!... ¡no pueden mirarle más, porque estos ojos que ya no son míos, al sentirle, se van en su seguimiento, como canes desata-

dos, y tengo miedo, sí, tengo muchísimo miedo, que al mirarle de nuevo, mis ojos que le obedecen y le siguen, tan alegres y sumisos, se lleven también con ellos en alas de su alegría, mi cuerpo todo ¡sí! mi cuerpo entero que se abrasa y se consume en su grande sed de amor...

Y esto de que mi cuerpo pueda marcharse tras de Gabriel en alas de sumisión y alegría, lo sentí ayer durante el segundo delicioso e infinito que duró mi beso, y sobre todo, fué luego, más tarde, algunas horas después, cuando mejor lo comprendí.

Sería a cosa de la media tarde. Tío Pancho se había dormido ya en su sueño de yeso, bajo las sábanas blancas y bajo el pañuelo blanco que dibujaba en nieve la finura del rostro. Desde el idilio del beso en el drama de la agonía, no había vuelto a hablar con Gabriel, ni me había atrevido a mirarle más, ni de cerca, ni de lejos. Los últimos cuidados que se dispensan a los muertos, y luego, la llegada de los primeros amigos que acudían a acompañarnos, fueron circunstancias que necesariamente me tuvieron alejada de él. Después, ya establecida la normalidad, vinieron aquellas horas calladas y lentas, durante las cuales, vestida de negro, sentada a la cabecera mortuoria, encandilada por la luz de dos cirios que frente a la cama, sobre un altar improvisado, velaban el cadáver y alumbraban un Cristo de madera atormentado en su cruz, embriagada por el perfume plañidero de los nardos que poco a poco habían ido blanqueando en el blanquear de las coronas fúnebres, presidiendo el duelo cerca de tía Clara, silenciosa, sin saber de nada ni de nadie, me quedé junto a la fría blancura inmóvil, contemplativa, dolorosa... Me parecía que al igual de tío Pancho, mi alma también se había quedado muerta, y que también ahora se hallaba tendida y blanca dentro de mi cuerpo quieto como dentro de su encendida capilla ardiente...

De pronto alguien vino a sacarme de mi quietud de esfinge al anunciarme que había llegado un telegrama, y que se reclamaba mi firma para entregarlo. A la voz apagada del anuncio, me levanté de la cabecera mortuoria, salí de la estancia, me dirigí al comedor, y allí encontré a Gabriel que sin decir palabra me tendía el sobre cerrado de un telegrama urgente y dirigido a mí. Firmé primero el recibo, rasgué después el sobre con mis manos temblorosas, y mientras firmaba el recibo, y rasgaba el sobre, Gabriel, cuyos ojos como los ojos del águila, lo ven y lo acechan todo desde una gran distancia, Gabriel, que es el águila triunfadora de las alas abiertas, que me persigue y me acecha desde sus alturas de cielo, Gabriel, este Gabriel que llevo fijo dentro de mí, y que en este mismo instante, mientras escribo, me llama y me llama con la voz de sus pasos, aquí mismo, tras de mi puerta cerrada, como en trance de extenuación y de amor llamó en la noche, el dulcísimo Esposo rendido del Cantar de los Cantares; Gabriel, este Gabriel tan mío, este Gabriel que ya es un pedazo cortado

en lo más vivo de mi alma sangrienta y mutilada; Gabriel, mientras yo iba firmando y rasgando el sobre, se acercó mucho a mí, y para que ninguno de los presentes pudiera enterarse de nada, en voz bajísima me dijo con su cara de amor y de dominio:

—María Eugenia, ese telegrama es de ese hombre, a quien tú no quieres, a quien no has querido nunca, y a quien no puedes pertenecer ya, porque me quieres y me perteneces: ¡a mí!... Y por eso de que tú me quieres, ya eres mía... ¡mía!... óyelo bien... y porque eres mía te defenderé contra él, y contra el mundo entero, desesperadamente, y hasta la muerte, ¡como todo hombre que es hombre de veras defiende y pelea lo que es suyo!... Y tú, no le tengas miedo a ninguno... ¡ten confianza en mí!... María Eugenia, María Eugenia mía... ¡óyeme!... ¡mira que en estos momentos estamos jugando los dos, la felicidad de nuestra vida entera!...

Y mientras así decía en su aparente calma, la persona toda de Gabriel despedía tal fuerza de atracción y de dominio que yo, como una pobre palomita fascinada de muerte, sólo sentía un deseo vehemente y misterioso de que las garras del águila me arrancasen de encima de este yermo donde vivo, y me llevasen en ellas al vértigo de las alturas, por los aires, por las nubes, por los picachos inaccesible... ¡yo no sé donde!... aunque sólo fuese para luego desgarrarme y atormentarme, y devorarme cruel en un festín sangriento.

Porque no podía mentir a mi deseo, y porque tampoco pude ocultar la fuerza de tan gran fascinación, contesté diciendo, suave y rendida, con la vista baja, en entera derrota:

—Sí... Gabriel... sí... hemos de hablar a solas esta noche... luego... cuando tío Pancho esté ya dentro de su urna... pero ahora no, Gabriel!... ¡ahora todavía no!...

Gabriel, que miró al punto sobre el espejo de mi rostro y el espejo de mi voz, todo aquel suave placer de debilidad y rendimiento, tomó el vacilar de mis palabras, como una aceptación a yo no sé que proyecto espantoso y divino que quiere proponerme, al cual se encuentra él ya decidido en cuerpo y alma, y el cual a mí, sin conocerlo y sin haberlo escuchado todavía, me pone a temblar así, como estoy temblando ahora... ¡de miedo y de alegría! Y por eso... por eso... porque me lo quiere decir es por lo que él me asedia ahora como un loco aquí mismo, muy cerquita, a dos metros apenas de distancia... y porque no quiero oírlo, ni quiero que me lo diga jamás, me fingiré dormida mucho tiempo, dejaré cerrada mi puerta como la puerta cerrada de la Esposa en el Cantar de los Cantares, y solamente la abriré cuando oculta y silenciosa pueda escaparme a toda prisa de esta casa... Sí, me escaparé en el día con la prisa y el miedo con que se escapa el criminal de la casa del crimen... ¡Ah! pero el muerto, la víctima de este crimen nefando, la llevaré siempre tendida en la esfinge misteriosa de mi cuerpo, que habrá de ser su sepultura y su blanco mausoleo!...

Como decía: al hablarme Gabriel, le contesté muy emocionada desdoblado trémula el telegrama, y él, sin oírme bien, en su gran vehemencia, lo dió todo por aceptado de antemano.

¡Aceptado!... ¡ah!... «aceptado» ¡Dios mío! qué palabra deliciosa y terrible que me espanta sólo el escribir... «¡aceptado!...» Pues bien, Gabriel, que de antemano consideró aceptado ese proyecto que no conozco y que no he de oírle nunca, me dijo dulcísimo:

—¡Gracias mi vida! Gracias dos veces: gracias por mi inmensa felicidad, y gracias por la felicidad tuya que para mí es mucho más querida y muchísimo más sagrada que la mía!

Cuando por fin abrí el telegrama, en el bailotear de las palabras, sobre el temblor del papel tendido ante mis ojos y entre mis dos manos, leí en efecto:

«Acabo de saber gravedad de tu tío. Pasado mañana en la tarde estaré contigo.

Leal¹»

La lectura del telegrama, y la del nombre que lo firmaba me nubló un instante los ojos. Sentí pasar sobre mí la ráfaga voluptuosa de los castigos cruentos, algo así como el chasquear del látigo en el aire, cerca de las espaldas ya desnudas para el azote, y a su conjuro en el fondo inconsciente de mi alma se levantó más fuerte que nunca, mi gran terror a Gabriel!...

Entonces arrancándome inmediatamente del dominio de sus ojos que me veían, y del dominio de sus labios que me interrogaban con amor imperioso, sin mirarle, sin oírle, contestando a la loca, sin saber lo que decía, murmuré aterrada:

—¡Luego, Gabriel!... luego, luego, luego, a la noche, sí ¡después hablaremos!

Y me salí del comedor, atravesé nerviosamente por el patio, entré en la estancia mortuoria, me senté de nuevo junto a la cabecera frente a la luz de los cirios, y con el telegrama arrugado entre las manos, durante muchas horas, volví a quedarme en mi actitud de esfinge, inmóvil, contemplativa, dolorosa... El terror del telegrama arrugado entre mis dedos, se exhalaba del papel, se me subía por los brazos, y como las ondulaciones en la superficie de un estanque, me corría en estremecimientos sobre la piel del cuerpo entero... y fué entonces, en el temblor de mi piel junto a la cabecera de nieve, entre perfume de nardos, y chisporrotear de velas, cuando comprendí toda la fuerza de atracción y de dominio que sobre mi cuerpo entero, ejerce el cuerpo imantado de Gabriel... Al contemplar de nuevo tan gran atracción del abismo, seguí mucho, muchísimo rato, estremecida de espanto y de placer, hasta que lentamente volví a la realidad de las cosas, sentí esfumarse en la más inaccesible de las lejanías este cielo infinito de mi amor vedado; y mirando la faz inmóvil bajo el pañuelo

1. CÉSAR LEAL, que sería el esposo de MARÍA EUGENIA ALONSO. ASÍ COMO GABRIEL OLMEDO fué a quien ella realmente amó. A GABRIEL OLMEDO, en la novela CASADO CON MARÍA MONASTERIOS.

blanco, sangrando lágrimas mis ojos, con la negra desesperación de los encarcelados a perpetuidad, como el mártir que voluntariamente, por respeto a una idea, entrega su cuerpo a los suplicios, juré solemnemente que mi ojos no volverían a ver jamás la persona adorada de Gabriel.

Por eso ahora, cerca de aquí, junto a mi puerta cerrada, mientras escribo con tinta de sangre, oigo entre lágrimas sus pasos de amor, que me llaman, y me llaman, y me llamarán en vano la noche entera, como en la noche voluptuosa y perdida, junto a la cerrada puerta, destilando miel, llamó, y llamó inútilmente la voz extenuada del Esposo en el amor sublime del Cantar de los Cantares...

El mismo sábado a las doce de la noche.—¡Por fin! ¡Por fin! ¡Mis alas de volar ya me han crecido! ¡Me voy! Me voy, volando en ellas hacia tí, Amor, Sol de la vida! ¡me voy volando en ellas hacia ti!... ¡Ya voy! ¡ya voy! ¡espérame confiado, que ya voy!

Sí; ya puedo irme tranquila, porque aquí en la casa respetable de Abuelita, en la intimidad familiar de mi cuarto cerrado, junto al altar de mi ventana de par en par abierta, apoyados los codos en mi mesa, y apoyada la cabeza triunfante sobre los diez marfiles de mis dedos piadosamente enlazados, frente a la pompa del cielo presidido por la Luna, mi Regia Madrina de Bodas, bajo el incienso nupcial que litúrgicamente inciensan los naranjos con los mil incensarios cándidos de sus azahares, en la solemnidad de esta noche callada, y en presencia de la enojada muchedumbre de estrellas, he celebrado ya mis blancos desposorios. Ahora, como las vírgenes egipcias en el templo de Isis, yo también, en el templo de este silencio augusto, trémula de ansiedad, velaré toda la noche, esperando el glorioso amanecer de mañana que ha de ser el primer día de mi fiesta de amor.

Por fin, por fin, mis alas de volar ya me crecieron!

Juntas me están aleteando las dos, impacientes y abiertas sobre la impaciencia de mi cuerpo, triunfante de belleza, triunfante de amor, y triunfante de orgullo, bajo el orgullo de sus alas abiertas!

Me he vestido de blanco para mi Fiesta de Bodas, pero mis alas que son transparentes y gloriosas, se han vestido con todos los colores transparentes y gloriosos de la luz... Gracias a ellas, gracias a sus tejidos de ensueño, al amanecer mañana, como las líricas mariposillas que dejan alegremente el calor de su capullo, y el rico tesoro de su madeja de seda, yo también, mañana, como las líricas mariposillas, al amanecer, dejaré el calor de esta casa vieja y buena, dejaré el tesoro de mi nombre limpio, dejaré la seda pura de mi reputación social y porque ya me salieron las alas, sobre el milagro de mis élitros tendidos en el aire, al blanquear la alborada, me iré volando con un solo golpe de alas, hacia el Sol,

hacia la Luz, hacia la Madre Naturaleza, que me espera en su jardín cerrado, en donde ella ha pintado para mí las flores encendidas y olorosas de todas las alegrías.

¡Ya estoy libre! Las horribles cadenas que me tenían amarrada sobre la tierra, y que me obligaban a caminar lentamente, arras-trándome por ella, como los pobres gusanillos que no han de ser nunca mariposas, se rompieron misteriosamente en mil pedazos, al apuntarme las alas: ¡Ya estoy libre!

¡Ya estoy libre y me voy! Oficiantes e invitados todos a mis Bodas: ¡Ya me voy! Generosos compañeros de mi cautiverio: ¡Ya me voy!

Me voy, Cielo protector, tú que atento y tutelar, sobre la tristeza cuadrada de este patio, en mis ratos de angustia, desde lejos, me brindaste siempre maternalmente el amor azul de tu regazo todo bordado de joyas; me voy, Luna, Luna confidente, mi blanca Madrina, mi generosa Reina, que en las heladas de miseria y decepción me arropaste siempre con un pedazo de tu manto real hecho de armiño y de tisú de plata; me voy, Estrellas de la noche, brillantes estrellitas bailarinas, que alegremente, en la alegría de vuestros alegres guiños, me enseñasteis a burlarme y a reirme de las noches oscuras de mi tedio; me voy, Reja de mi ventana abierta, Reja guardiana, car-celera compasiva y redentora, que en los días negríssimos de mi prisión, por la misericordia de tus barrotes eternamente crucificados, me dejaste ver a todas horas la esperanza infinita del cielo; me voy, Muñeca-lamparilla de mi escritorio, compañera luminosa, amiga íntima, rosa y verde profesora de coquetería, que con tu falda esponjada y tu desmayo fingido y tu luz misteriosa, me contabas diariamente las frívolas delicias que se esconden en el amor y en el lujo; me voy, Naranjos, Naranjos amigos, galanes galantes y enamorados, que de noche y de día, siempre verdeando esperanza, os estuvisteis de pie junto a mi reja; me voy, Azahares de mis naranjos, hermanitos de leche, piadosos enfermerillos sabios, que aliviásteis tantas veces el ardor de mis heridas con el unguento de vuestro perfume y el algodón de vuestros pétalos blancos; cándidos azahares virginales, pe-beterillos que en el templo del silencio estáis aromando aún mi ceremonia nupcial: ¡me voy! Dulces compañeros de mi cautiverio, oficiantes e invitados a mis Bodas; apiñada muchedumbre de estrellas: ¡adiós todos, porque me voy, me voy por fin mañana a reinar eternamente en la gran esplendidez de mi fiesta de alegría!

Sí; amigos todos, me voy, porque el Amor, trasponiendo montañas y collados, ha llegado milagrosamente hasta mí, me ha despertado de mi sueño con un beso en los ojos, me ha prendido sobre los hombros estas dos alas de luz y me quiere de Reina allá, en su reinado altísimo y glorioso. He celebrado ya mis bodas, y ahora, mientras velo en el misterio de la noche, comienzo a presentir la bulla de la Fiesta por el advenimiento de mi reinado altísimo... ¡Ya la

escucho, ya la escucho toda... ¡Y cómo va creciendo en armonías!...

...Escucho el tintineo de los cascabeles sobre los arneses que frotan y lustran los lacayos; escucho la voz venerable de las campanas grandes; escucho las mil voces infantiles de los carrillones dando vueltas y vueltas en corros de locura; escucho el rasguear y el tronar de la lluvia de estrellas en el collar de los fuegos de arteificio; escucho el piafido impaciente de los caballos enjaezados de blanco; escucho el des-lizarse majestuoso de mi carroza de nácar; y terrible, por encima de todo, escucho el alarido de la multitud frenética ante lo inusitado de un cortejo, que sin tocar la tierra, pasea libre y sobre alas la pompa de su regio esplendor...

Y si ahora mis ojos no lloran mi despedida de desposada, es porque mis ojos se-caron ya todo el raudal de sus lágrimas, llorando y llorando a la muerte sobre el yermo de la espera. Y si mis ojos no lloran mi despedida de desposada, es porque los ojos encendidos de las Vírgenes Prudentes, temerosas de que se apaguen sus llamas para la noche de amor, sólo lloran el hogar perdido, y sólo lloran la virginidad perdida, con lágrimas de azahares, y con los trémulos sollozos de sus velos transparentes.

¡Brillante concurrencia de mis Nupcias, piadosos compañeros de mi cautiverio, y vosotros mis blancos hermanitos de leche, llorad, llorad todos por mí que no quiero apagar mis ojos con las aguas del llanto, porque son dos lámparas con que mañana he de encender al Amado la luz de la alegría, en la mística noche de mi Fiesta de Amor...

Lucida concurrencia de mis Nupcias: mientras velo llorad, llorad, llorad, todos por mí!...

TERESA DE LA PARRA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades,

Teléfono número 1443



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

Obreros y maestros

UN día visité la fábrica de carnes congeladas «más grande del mundo». Por cierto, que tal cosa pasó en Chicago. El empleado que nos guiaba, nos mostró la inmensa maquinaria desde una especie de grúa sabia que coge al cerdo vivo de una oreja, le alza en vilo, le deja colgando frente a una sierra circular que le degüella, hasta que sale por el otro extremo del engranaje colosal la cecina preparada y los jamones listos para el desayuno de todo Estados Unidos. Como precisión, como eficiencia, era, sin duda, maravilloso. No obstante, me produjo una de las impresiones más aterradoras de mi vida. ¿Esta es la civilización en que vivimos? No me había tocado presenciar antes, ni tampoco he visto después en mayor grado, la esclavitud del hombre a la maquinaria. Al lado de estas fábricas, las ergástulas romanas parecen cosas de cuentos de hadas. La sierra circular degollaba, sin desprenderle totalmente la cabeza del espinazo, un cerdo cada cuarenta segundos, y los animales seguían, prendidos de la oreja, colgando de una cadena alta que se movía y que iba pasando frente a un ejército de hombres, cada uno de los cuales estaba encargado de ejecutar un solo movimiento que debía cumplirse matemáticamente en los cuarenta segundos. Un obrero, un esclavo mejor dicho, le dirigía de alto abajo un pistón de agua hirviente; el otro, le quemaba las cerdas con una especie de soplete; el siguiente, le abría el vientre de un solo tajo; el vecino le extraía ciertas vísceras; el demás allá las recogía de una sola manotada para vaciarlas en tubos que iban a perderse en las negruras de los pisos bajos, etc., etc. Y como ante cada hombre, pasaba un cerdo cada cuarenta segundos, la recua de obreros, mecánicamente, debían trazar cada cuarenta segundos el mismo movimiento, absolutamente el mismo, durante cuatro horas en la mañana y cuatro horas en la tarde, todos los días de su vida. El hombre no necesitaba pensar. Su inteligencia estaba de más. ¡Ay de él, si se distraía! ¡Ay de él, si, llevado de un pesar o de una ilusión, dejaba que el cerdo pasara delante de él, sin ejecutar la operación insignificante, pero necesaria al conjunto, que se esperaba de su músculo!

Han transcurrido años desde aquel día, y, sin embargo, la atmósfera oliente a sangre, a agua caliente, y a sudor humano y a vísceras animales, todavía se amalgama en mi recuerdo al dolor de ver gentes como yo, como usted, lector o lectora, reducidos a

ser siervos inteligentes de unos pedazos de hierro.

He observado después muchas industrias, y si no en escala tan vasta, también en ellas el obrero era, en último término, la pieza más barata de una costosa maquinaria.

Y allá como acá la organización no necesitaba de su inteligencia, su iniciativa o su espíritu creador. Si los tenían, los obreros los usaban en otras cosas, ajenas al progreso de su oficio. Y los que llevaban años en la faena, ya no pensaban.

Ahora bien, a la gran mayoría de los maestros de un estado docente tan centralizado como lo es el de Chile, nos ocurre algo semejante. La Dirección General de Instrucción Primaria, la Universidad y hasta ciertas oficinas ministeriales, están encargadas por las leyes de pensar por todo el magisterio. Ellas tienen que juzgar lo que es valedero enseñar y como se debe hacerlo, e impartir, por todo el país, instrucciones precisas, detalladas, puntillosas para que se sigan sumisamente. Y el muchacho que salió de la Escuela Normal o del Instituto Pedagógico imaginando que era un ser pensante, gozoso en la gloria de crear, se encuentra al cabo de muy pocos años con que debe repetir todos los días de su vida las mismas cosas, de la misma manera y que no hay cabida dentro del régimen, para innovaciones personales de alguna transcendencia.

Durante un tiempo, el maestro se rebela heroicamente. Estudia, escribe, pretende influir, de una manera u otra, en la forma cómo se dirige y practica su oficio, pero son excepciones contadas las que logran, después de muchos años de esfuerzo, que se les escuche. Como la inteligencia no se aviene, sobre todo en los años mozos, a permanecer inactiva, o el maestro se dedica a empresas espirituales del todo ajenas a su cátedra, o, probado el desengaño de sus primeras tentativas heroicas, siente un descontento grande, una desazón espiritual continua que, unida a su malestar económico, le lleva fatalmente a convertirse en lo que aquí llamamos un subversivo. Los menos dotados son los que se resignan con más pasividad a su papel de siervos del reglamento y los horarios, y al cabo de pocos años tan atrofiada está su mente, que rechaza toda iniciativa y abomina de toda novedad. De un lado, maestros que distraen su talento en empresas ajenas al oficio; de otro, hombres inteligentes, pero agriados y profundamente descontentos, y más allá la fila de rutinarios cada día más incapaces de pensar: este es el cuadro formado por el

noventa por ciento de nuestro profesorado. En el décimo restante quedan los que por inmensa vocación y supremo amor a la infancia, hallan placer en sacrificarse a sabiendas, y los que incurablemente ilusos, nos esperamos aún de que estos males se remedien.

Todo esto parece una tragedia banal. Por desgracia no lo es. El instinto creador del espíritu no se sofoca sin gravísimos trastornos psíquicos. Pensar es como comer, una función esencial. Necesitamos ejercitarla, necesitamos que la función se cumpla, so pena de soportar quebrantos físicos y morales.

En el libro *Sanderson; a Great School master*, H. G. Wells cita las palabras de éste que fué uno de los más altos maestros de la Inglaterra moderna:

«El divorcio que separa la vida industrial de la vida del espíritu es una de las tragedias de nuestro tiempo, dice. El trabajo de ciertos obreros es intolerable, sórdido, destructor de vida. ¿Y cuál es el remedio que se propone? ¿La jornada más corta y un salario más elevado? Se establece mal el diagnóstico de las causas de las reivindicaciones obreras y ello impide que se ensayen en las industrias las reformas necesarias... Sucede lo mismo en los almacenes. No son los sueldos más altos y las horas de presencia más cortas lo que precisan los bortereros. Sus reclamaciones en este sentido no son más que los síntomas de un malestar. Lo que necesitan los hombres es que su trabajo sea de tal naturaleza que puedan amarlo y efectuar voluntariamente más aún. No quieren una faena de esclavos con una ligera dosis de vida intelectual en sus ratos de solaz. He aquí nuestra convicción».

Cuanto Sanderson, el maestro citado, decía de los obreros y vendedores, es aplicable a la gran mayoría del magisterio de primera, y de segunda enseñanza. También a estos, les obliga el régimen centralista a efectuar una tarea que pronto se convierte en rutinaria y queda por debajo de sus facultades mentales y de sus instintos creadores. En otros países, este mal se aminora con continuas conferencias, congresos, cursos pedagógicos en que se congregan los maestros y las autoridades que acogen las justas demandas de los que por estar, como se dice, con las manos en la masa, saben cuáles son las reformas más urgentes que hay que ejecutar. Aquí, algunas conclusiones aprobadas por los maestros en el último congreso general de enseñanza del año 12, aún no se realizan y tampoco se hace gran caso de sus informes al efectuar pequeñas o grandes mudanzas en los servicios educacionales.

No sólo en Chile, sino en todos los países que descuidan la carrera del profesor, éste comienza a aliarse con los obreros en su mundial campaña de reivindicación. Es que sienten, oscuramente acaso y sin darse cuenta clara del fenómeno, que las causas de su desazón espiritual y de su malestar económico son semejantes.

El primer impulso de los obreros asocia-

dos fué el de exigir aumento de salario y disminución de jornada. Los profesores hemos atravesado idéntica etapa. También aquí han visto la luz y alcanzado a alimentar las ilusiones por breves lapsos, algunos proyectos de ley que aún después de aprobados han sido hechos trizas por los que dirigen la malpocada nave de nuestra democracia.

Ahora, el estatuto administrativo ha transformado dos leyes que mejoraban la situación económica del magisterio en papeles inútiles. Tan absurdas, tan faltas de visión estadista, tan retrógradas son las asignaciones que pretenden fijar a las funciones de profesor que no merecen ser discutidas. Que el Ejecutivo, en un documento de esta especie, manifieste que estima la labor de los maestros del pueblo en el mismo grado que la que ejecutan los mozos de corral indudablemente, perjudica menos a los maestros que al prestigio de este Gobierno y a la cultura del país. Sin embargo, a los profesores nos toca extraer de los fracasos sucesivos de las leyes que mejoraban los sueldos sin reformar paralelamente la enseñanza, una gran lección.

El malestar económico no es la sola causa de la desazón espiritual del magisterio. Hay otra más honda. El régimen actual, que convierte a la mayoría de los profesores en un rutinario engranaje. La naturaleza humana no se resigna sin dolor a atrofiarse. Y mientras no se ensaye un sistema en que, junto a un control general, exista ancho margen para las iniciativas inteligentes de cualquier maestro por ignorado, por humilde que sea, el desasosiego espiritual se agravará con el malestar económico y fatalmente se exteriorizará en movimientos de indisciplina, de perturbación, de revuelta, si no de profundo y agrio descontento.

Los magnates industriales modernos están comprendiendo ya que es mejor para ellos y para los productos que elaboran que el obrero tenga cierta representación en la marcha general de la usina. Han transformado el asalariado en socio, con lo que no sólo aquietan el malestar económico, sino que encuentran medios de dar oportunidades al trabajador para que se sienta necesario al progreso, y ello le incite a usar liberalmente de su inventiva e ingeniosidad.

Los maestros tenemos la obligación, más que ningún otro gremio, de preocuparnos del lado espiritual de estas cuestiones. Si una ley, o disposición de un estatuto administrativo mejorase nada más que los salarios, tarde o temprano volvería a ser, como ya lo fueron las anteriores, pedazos de papeles inútiles.

La remuneración de servicios técnicos que requieren hombres o mujeres con preparación especial y larga, como es el caso de los funcionarios del orden judicial, de los médicos sanitarios y los maestros de todas las ramas de la enseñanza, debe estar contemplada en leyes especiales, o si, de todos modos, se necesita encuadrarlos dentro de un estatuto general, hay que

formar con ellos una sección aparte. Son técnicos que no se improvisan, ni que pueden ser tratados con el mismo criterio que un pobre diablo de mozo que si no está contento con el sueldo, se le despide en la certeza de hallar inmediatamente un reemplazante.

Que el fracaso de las leyes de simple mejoramiento de sueldos sea una experiencia para los maestros. No volvamos a incurrir en idéntico error. La opinión pública y el país entero estará con nosotros cuando, junto con exaltar la condición económica del profesorado, elevemos, en virtud de nuestro propio esfuerzo, la calidad moral del magisterio y de la educación que impartimos. Y una de las palancas de tal exaltación ha de ser la de transformar este sistema docente en otro, en que todo maestro comprenda que sus iniciativas no se pierden, en que todos pueden usar la dosis de inteligencia que posean mejorando su propio oficio, en que sientan con razón el goce de colaborar de verdad en el progreso espiritual de su raza.

AMANDA LABARCA HUBERTSON

(La Nación, Santiago de Chile).

Una institución ejemplar

Mientras no se llegue al club mixto de hombres y mujeres será difícil rejuvenecer a los casinos. El ejemplo lo ha dado en Madrid el Ateneo, que no es un casino propiamente tal, puesto que su fin es la cultura y no los pasatiempos y juegos de sociedad. Mas el Ateneo, que ha sido una feliz combinación de Universidad libre, de Sociedad de debates, de biblioteca de estudio y de casino, tiene también este último aspecto, en cuanto centro de sociabilidad y de conversación. En los últimos años, el número de ateneístas femeninos ha ido aumentando. El grupo femenino se nutre principalmente de muchachas; pero también hay

algunas damas de cierta edad y aun señoras provecas.

Dentro de aquella casa de Minerva se ve en todas partes a las ateneístas, principalmente en la biblioteca, donde siempre hay algunas trabajando sobre los libros con aire recogido y serio de estudiantas. Esta convivencia de los sexos no ha dado en el Ateneo ni en la Universidad origen a los peligros que temen los partidarios de la separación tradicional en bandos de cartaginesas y romanos o del alfanje simbólico del cuento oriental, colocado entre el hombre y la mujer. Lejos de eso, ha sido una escuela y una práctica de sociabilidad.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid).

Palabras de Luis Bello en la Escuela Normal de Cádiz

Considera¹ que deben felicitarse los maestros por haber elegido una vida integral, que realiza su fin dentro de sí misma y en la que se ponen en juego todas las potencias del hombre. «Aun prescindiendo de sueldos y escalafones, nadie quitará a los maestros su vida interior. Aunque les cerquen las privaciones, las miserias, los maestros pueden ejercer una honda influencia en la formación de los pueblos, limitándose a cumplir su deber dentro de la escuela. Cuanto más valgáis—agrega el orador—, más valdrá vuestro cargo. Para ello debéis desoir a los perezosos e incapaces que aconsejan una moral profesional sancho-pancesca. Precisa amar la cultura por la cultura misma. De otro modo vale más que entréis en Correos, Comercio o Guardia civil. Esto puedo decirlo en la Escuela Normal. Y ahora—termina el Sr Bello— vuelvo a mi impenitente propaganda a favor de la escuela. Ayudadme vosotros, que a vosotros ayudáis».

(El Sol, Madrid)

1. El Sr. Bello.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Página lírica

Elogio de la bondad

A GARCÍA MONGE

Sé bueno, artista, sabio, legislador, poeta;
sé bueno aunque en tu contra se confabule todo:
si el barrizal te mancha, pónle perfume al lodo!
si el corazón te hieren, bendice la saeta!

Sé bueno aunque no esperes recolectar el fruto
y sólo por el sólo deleite allí escondido:
no importa que tu nombre sepúltelo el olvido!
no importa que la vida te niegue su tributo!

Sé bueno con el necio que mancilló tu historia
y también con la víbora que te dio su veneno:
¡la bondad es la síntesis del amor y la gloria!
Sé bueno, bueno, bueno...

Sé bueno sumamente
y así vencerás sobre los hombres y las cosas:
la bondad es el arma y el escudo potente
de las almas piadosas.

Sé bueno aunque no creas
y así te rompa el alma la daga de la duda;
sé bueno porque—siéndolo—la esfinge se desnuda:
la bondad es la lima sutil de las ideas!

Refléjate en la fuente
que sobre surcos áridos resbala suavemente;
refléjate en la quieta serenidad del cielo
que nieve y fango cubre con amoroso velo.

Imita la ternura
del árbol, que a la tierra le imparte su frescura
y cuyas ramas fuertes hacia el azul levanta
para que pose en ellas el pájaro que canta...

Y sé también como la flor que aroma
y le regala su perfume al viento;
o como la castísima paloma
que modula su acento
bajo la azul bondad del firmamento.

Si la bondad conoces,
si la bondad practicas,
yá verás qué divinos tesoros atesoras:
¡cómo serán de plácidos tus goces!
¡qué suaves y qué ricas
se tornarán tus horas!

No importa que una herida
—por ser bueno—tu pecho cubra alevé:
el dolor es un bien porque remueve
los más íntimos fondos de la vida!

Sé bueno, pues, si el santo
diluvio del placer llueve en tu seno;
mas, si en tu corazón se cuele el llanto,
si te salpica el cieno
o si el pesar te arropa con su manto,
¡consérvate sereno!
que no hay mayor encanto
que el dulcísimo encanto de ser bueno!

SIMÓN LATINO

Bogotá, Colombia.

Poemas

Dónde te busco yo

Que vayan a buscarte en el santuario,
que en los libros sagrados se impacienten
por encontrarte. Con escapularios
te tengan otros que jamás te sienten.

Yo iré a escuchar cómo en la fuente
cantas, y en el árbol te ofreces sensitivo.
En el guijarro agudo y pensativo
creo que estás más puro y sonriente.

Y sobre todo inquieto y anhelante
recorreré en silencio el negro abismo;
mas no la sima oscura en que el diamante
duerme, sino el negror que hay en mí mismo.

Humanidad

Cada dolor que viva, toda llaga que se abra
debes sentirlos tú en tu cuerpo sensible
y ser como un venero oculto e invisible
en el que se concentren las divinas palabras.

Si sientes la inquietud sueña, piensa y escribe.
Vibrar a toda cosa sin el mirar huraño.
El que marcha a tu lado no puede serte extraño;
no es un hombre que pasa, es un alma que vive.

Y si vive y si sueña, y si sueña y si piensa
en tu pasión tú debes estrecharle las manos,
endulzarle el sendero. ¡Que todos los humanos
se sientan renacer en una aurora inmensa!

Extraño! Nunca extraño. Y que seamos luego
una boca gigante que a todos les responda.
Infiltrarse en las cosas como un sagrado fuego.
Y ser ola en el viento y en el agua ser onda.

El tesoro

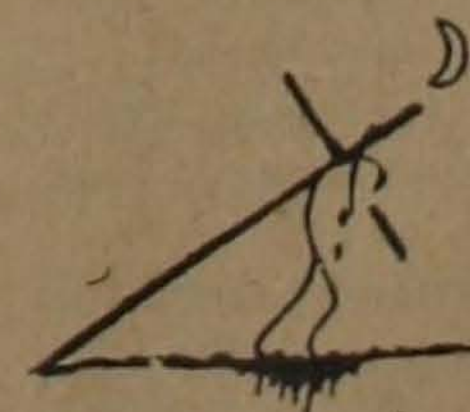
Debes en todas partes buscarte; a toda hora,
y en la incesante búsqueda no cejar un instante.
Si la noche no te habla responderá la aurora
a tu alarido enorme en el cielo vibrante.

Dormirás en la piedra, en la nube, en el viento,
en la roca, en el agua, en la estrella, en el lodo.
Asirte es lo que cuesta al supremo momento
para que te descubras y te halles en todo.

Retuércete, retuércete y larga bien la sonda;
puede ser que en el fondo del ignorado abismo
buceando tus ojos en la tiniebla honda
topes con el tesoro ¡y te encuentres tú mismo!

AGUSTÍN CASTELBLANCO P.

Santiago de Chile.

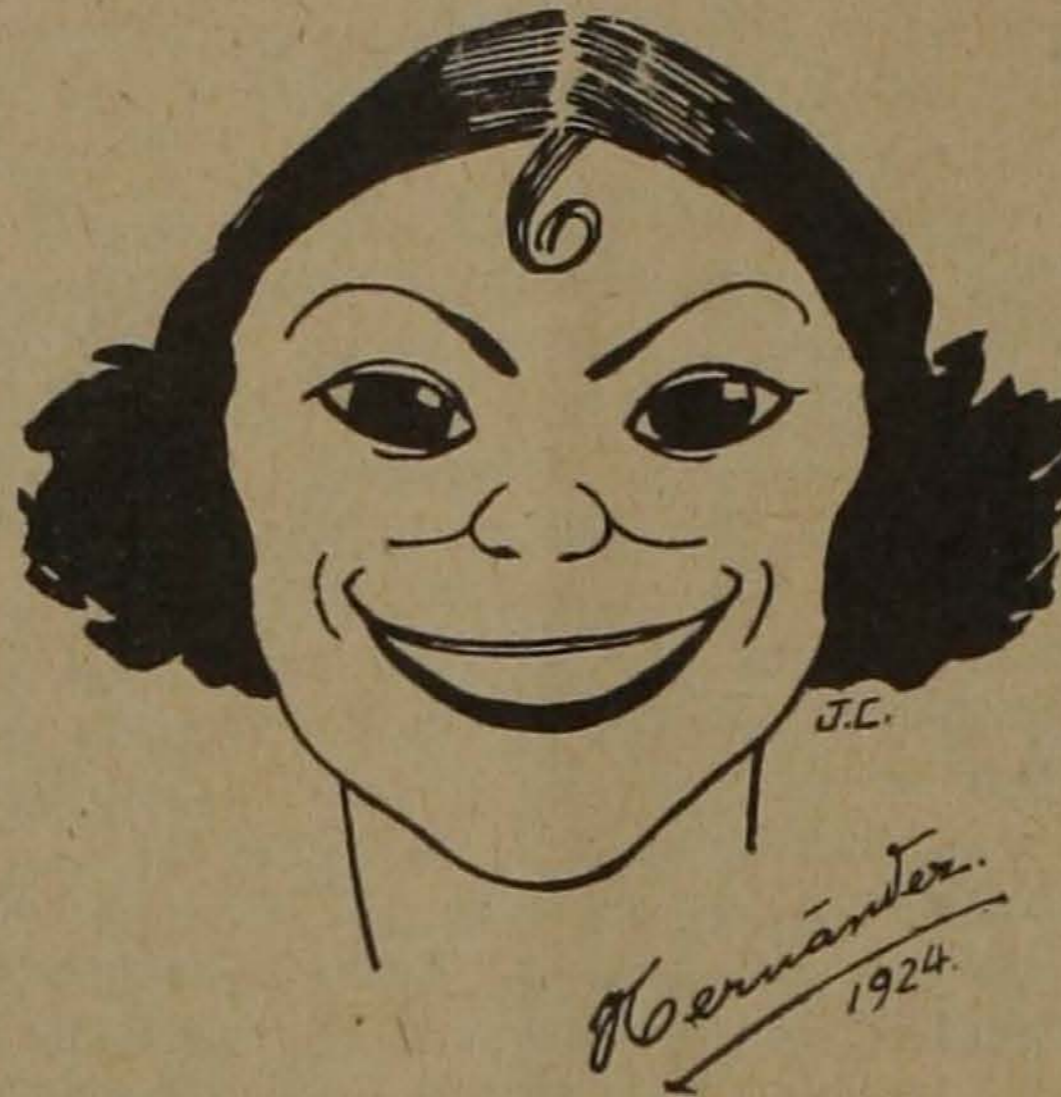


El retrato en el fotograbado se ha aplebeyado, se ha degradado. Las columnas de la prensa diaria están empedradas con las efigies azucaradas de los novios que contrajeron compromiso; del repentino acaudalado que amasó sus dineros a base de lágrimas y sangre; del gamonal despótico que sabe de las tramoyas electorales y es acatado en el pueblo; del empleadillo inepto que alcanzó una posición oficial por el favoritismo del primer mandatario; del ministro vivaracho que a la sombra de nuestra deleznable política tropical se enriquece silenciosamente.

La caricatura actual no adolece de aquellos defectos y es casi una consagración, porque los artistas de este género sólo escogen para ahondar su penetración visual a quien tiene algún mérito manifiesto, a quien es traído y llevado por la opinión pública. Es la nota de actualidad que va en camino de extenderse al futuro.

La caricatura es una flor de nuestra civilización que analiza el alma en el rasgo desfigurado, y en el trazo sugestivo del gesto peculiar que sorprende el artista. La fotografía puede coger las facciones reales de una persona que se ensería para retratarse, pero la psiquis, la gracia que anima y retoza en una cara sólo puede sorprenderlas la caricatura con su arte sugestivo.

La caricatura de Blanca Milanés



La escritora Blanca Milanés

Vista por PACO HERNÁNDEZ

El caricaturista con la agudeza de su lápiz, con la malevolencia de su intención, con su socarronería que nos mueve a risa, plasma en líneas deformadas lo que ve, expone su juicio acerca de personas y cosas, espolvo-

reando sus visualidades con el grano de sal de su ironía mordaz o con el chispazo jocoso que deja una nota alegre en nuestro espíritu. Ya se ha dicho mucho que el hombre es un niño que gusta de ser engañado un poco, y un adarme de risa vale más para la salud que la resolución del más arduo problema de la vida. Tal vez por esto, la caricatura ha progresado con tanta suerte en nuestra época de vivir apresurado.

El pincel ágil y fino de Paco Hernández ha captado en la caricatura de Blanca Milanés, como la nota culminante, la risa picaresca que derraman sus ojos y que es una de las más vivas expresiones de su rostro. Una de las características, en los retratos del sumo Leonardo, son esos ojos que tienen una sonrisa divina como los de la Monna Lisa. En esta sonrisa de Blanca Milanés palpita una complicación inquietante, sonrisa que siendo ingenua a la vez tiene una peligrosa expresión de coquetería.

Los lectores del REPERTORIO AMERICANO conocen ya en estas páginas el pseudónimo de Blanca Milanés que responde al nombre de una dama josefina de ilustre abolengo, si por la sangre si por el talento.

Sus prosas cinceladas maravillosamente dan la impresión de una rutilante piedra preciosa, de un pomo de ámbar, de una gota de esencia, de algo breve que nos embelesa el corazón y luego va a asilarse en el cerebro. Tienen a más de la forma impecable y de la clara sencillez, una filosófica idea con que se coronan casi siempre. Y es que sus prosas se precisan al terminar, como en el clásico soneto, por un golpe maestro en donde la idea surge brillante repentinamente reventando en luces de colores.

Ella comprende que la literatura moderna exige rapidez y concisión y de aquí que comprima su pensamiento en veinte líneas. Sus pequeñas prosas nos aseguran que Blanca Milanés posee un fino dón de capacidad sintética muy difícil de exteriorizar con sencillez y elegancia.

Si fantasea acerca de la tristeza de un pozo seco, de un grillo cantor, de la celeste música de las estrellas o bien del amor, lo hace con tal delicadeza y discurre tan sencillamente que nos sentimos cautivados con los motivos de sus filosofías, las cuales destilan cierta honda decepción y un suave desencanto de algunos valores ideológicos consagrados como definitivos.

Don Joaquín García Monge en un trazo acertado por lo preciso, al hablar de las prosas de Blanca Milanés dice que en ellas «hay sensación fresca del paisaje, melancolía del tiempo fugaz, reflexión fina, amor de las cosas bumildes, prosa cuidada», y así es la verdad.

Caigan estas líneas a sus pies como un puñado de ramas secas y ardan luego en llama vivaz en señal de admiración.

EDMUNDO VELASQUEZ

San José, Costa Rica.
Julio, 1926.

Hazme suave el instante

HAZME suave el instante. Mañana, esta noche tal vez, he de partir.

Y será para ya no volver... Para ya no volver jamás... Jamás...

Pasarán milenios y edades y eternidades, y yo no volveré.

Rodaremos de mundo en mundo por toda la inmensidad de los cielos, y no volveremos a encontrarnos. Y aun si nos encontráramos aquí mismo, una y otra vez, no sabrás quién yo soy, ni yo te reconoceré.

Porque sólo se encuentran los que se compenetran; los que vencieron la barrera de la separación; los que se adivinaron, y sacrificaron, uno en aras del otro, los mil egoísmos del ser.

Por eso, hazme suave el instante: porque una vez yo muera; una vez la primera palabra de tierra caiga sobre mi féretro, ya nada servirá que me llores y que te lamentes de no haberme endulzado el amargo vivir.

Ahora, ahora que vivo y padezco, todo es hiel o miel para mi alma. Una sonrisa, una palabra, una mirada, un simple gesto cordial, es medicina y alivio para mi atribulado corazón. Después, ya perdido en las tinieblas del sepulcro, nada me servirá.

Ahora me puedes dar amor. Después, sólo palabras vanas y lágrimas tardías.

Por eso, hazme suave el instante; hazme suave el instante, si es que sientes deseo de endulzarme el amargo vivir.

¿Después, qué?... ¿Qué haré yo con tus negros vestidos y tu semblante contristado? ¿De qué me servirá que suspires, y descu-

bras en mí cien virtudes y gracias que antes no conociste? ¿De qué me servirá que enaltezcas mi nombre y te abismes en la contemplación de mi ser?

¿Fuí bueno, malo, cariñoso, áspero, cordial o incomprensivo? Fuí... ya no soy... Ahora soy no más una sombra, un nombre, nada. Ahora, que me recuerdes o me olvides, es igual, y todos tus lamentos los cambiaría yo por una sola suavidad que me hicieras cuando yo aun existía.

Por eso, hazme suave el instante, este instante que es la realidad, la sola y accesible realidad.

Si nos separamos sin fundirnos, ya nunca más nos hallaremos. Porque tendremos que aprender una lección distinta de la vida. El Destino arrastrará a cada uno a expiar y aprender la lección que no logró aprender, y la culpa que no alcanzara a expiar. Un huracán dispersará nuestras almas, y un foso inmenso dividirá nuestras vidas.

Acaso andaremos el uno junto al otro, sin sospechar que un tiempo nos amamos, o creímos amarnos. Y por no haber sabido amarnos, porque todo no era sino egoísmo y vanidad, andaremos extraños el uno junto al otro. Y ya nunca sabremos quién es ni adónde fué, aquel a quien no supimos amar!

Por eso, hazme suave el instante, este instante, este único instante en que tu corazón puede aislarme de la eternidad.

Si, hazme suave el instante...

ALBERTO MASFERRER

San Salvador, 9, mayo, 1926.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Libros y autores hispanoamericanos

Sobre un Cuestionario

La Cuestión

LA importancia de la encuesta formulada por el REPERTORIO AMERICANO, con base en el cuestionario del escritor Alcides Arguedas, no necesita encarecimiento.

Nuestro movimiento editorial, aunque abarca más de veinte naciones y cerca de cien millones de habitantes, queda muy por bajo, no ya del movimiento editorial inglés, alemán, francés o yanqui, sino del español mismo.

Este hecho, así considerado, a secas, parece absurdo. No se concibe tal inferioridad del libro y la revista hispanoamericanos. Todavía más: su desplazamiento por el producto extranjero, que en gran mayoría de casos nos viene en forma de mediocres o pésimas traducciones, implica una de las más tristes deficiencias de nuestra mediocultura.

La encuesta deberá esclarecer el problema y señalar, al menos, algunas soluciones factibles. Mas la tarea no es tan sencilla como lo hacen suponer las preguntas del Cuestionario, que no plantea la cuestión en sus términos precisos. Eso de que si el público hispanoamericano lee o no lee es una pregunta baldía. Claro está que el público hispanoamericano lee. Todos los públicos leen. Lo que se trata de averiguar, explícitamente, es qué lugar ocupan los escritores continentales de habla española en las lecturas de sus públicos. Porque no hay un público hispanoamericano sino muchos, tantos como naciones pueblan la América Indoespañola. Entre estos públicos hay notables diferencias. Lo que se lee y escribe en Guatemala no es idéntico, en fondo y género literario, a lo que se escribe y lee en Argentina, pongamos por ejemplo. Allí existen múltiples revistas de estilo *magazine*, abastecidas por cuentistas superficiales, noveladores del género aventuresco y erótico, sucesores de los folletinos «por entregas». En Guatemala esa literatura es inusitada. De modo que no caben las generalizaciones.

Al contestar, el escritor debe, pues, referirse a su república o a su ciudad. De la suma y análisis de las respuestas se obtendrán acaso algunas características generales—síntesis que bien podría darnos el autor de la encuesta.

Posición del escritor centroamericano

En Centro América—quizá con excepción de la admirable Costa Rica—los escritores vernáculos son escasos y muy poco leídos. La causa de esto último es semejante a la razón del campanero: no se editan.

Las grandes ediciones se desconocen. Las pequeñas son esporádicas y tienen carácter dispendioso. Nosotros decimos aquí: *voy a editar un libro mío* como pudiéramos decir: *voy a hacer un viaje de recreo, en el que estoy dispuesto a botar tantos pesos*. Esto es lo común. Singularmente, hay dos o tres

CUESTIONARIO que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América

Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta que a los escritores de América propone nuestro distinguido amigo don Alcides Arguedas:

1.^a—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?

2.^a—¿No lee el público hispano-americano, o no le interesan sus escritores?

3.^a—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

escritores en cada país centroamericano que, al editar por cuenta propia quinientos o mil ejemplares de sus obras, los venden. Demás está decir que estas ediciones, por el alto precio de los materiales, se hacen en forma tan modesta que nuestros libros más parecen folletos efímeros, sin las galas del moderno arte gráfico de la bibliografía, aún la bisutera que se imprime en otras partes.

Algunos autores logran que los edite el Estado, con reconocido mal gusto, que es tanto más chocante cuanto se ha puesto mayor lujo en la edición. Pero tal merced no la alcanzan sino los favoritos del mandarín republicano o de sus validos. Para honra de los buenos escritores centroamericanos hago constar que ninguno de ellos merece actualmente el favor de los caciques que explotan la factoría del istmo.

En ediciones particulares han circulado autores como Arévalo Martínez, Flavio Herrera y casi toda la juventud literaria. Las novelas de los dos nombrados tuvieron extraordinaria resonancia en círculos selectos de escritores de México, Cuba y otros países cercanos, donde apenas pudieron ser conocidas. ¿Qué se logra con mil ejemplares?

Estos y otros autores son leídos y estimados en el país. Lógicamente lo serían también en todo Hispano-América. Yo anuncié la publicación de un tomo de novelas regionales—permitase la nota egoísta—y de las librerías guatemaltecas me advierten que la clientela demanda con insistencia el libro. Pero no he podido todavía resolver el casero problema de invertir mis economías en la aventura de una edición. Es ruín, doloroso y absurdo lo que pasa a los escritores guatemaltecos.

Otro ejemplo. Federico Hernández de León es un periodista nativo muy popular en Guatemala y un escritor vigoroso y ameno. En su periódico ha venido publicando un artículo de comentario cotidiano sobre historia centroamericana, que él escribe y titula *El Capítulo de las Efemérides*. Ese artículo es como una escoba profiláctica que, ha dos años o más, viene barriendo con las excrecencias, basuras e idolillos históricos, obra convencional de los partidos políticos. Pues bien: anunció Hernández la recopla-

ción, en tomo, de sus Efemérides, y el público ha respondido con un franco interés.

Ignoro las condiciones en que se editan, en buena forma y con envidiable frecuencia, los escritores de Costa Rica como Vincenzi, Estrada—talento inquietante y sincerísimo—Villalobos, etc. La facilidad de esas ediciones se explica sabiendo que en Costa Rica hay hombres como el señor García Monge, capaz de mantener por años una publicación de excelencia tan singular como el REPERTORIO AMERICANO.

En resumen: nuestro problema del libro vernáculo no gira vanamente en aquel círculo vicioso de «no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee». El libro nacional no se lee en C. A. porque no se edita.

Se dirá que la necesidad crea el órgano. Pero nosotros llenamos la necesidad del libro propio, en buena parte, con *sustitutos*. Se nos inunda de productos extranjeros: novela y poesía de todas las latitudes del planeta, en confuso pandemonium. A veces, nuestros autores, tras de salvar el océano, nos llegan en calidad de importaciones.

¿Qué lee el público?

Nuestro grueso público, como todos los públicos, lee lo que le dan los libreros. Una minoría selecciona sus autores y elige sus lecturas. Pero tal minoría tiene casi sólo un valor cualitativo. Hay, sin embargo, una clase intermedia, la más numerosa: los semicultos.

La clase de los semicultos suele escoger sus autores guiada por la propaganda de los mercaderes de libros. La moda literaria influye en ella de modo decisivo. Las obras más leídas por la plebe ilustrada corresponden a los nombres más sonados.

Las clases inferiores no compran libros.

El género editable con éxito de librería

Es el menos socorrido: la novela. En segundo término, la historia. Pero novela e historia a la manera moderna. Novela que represente superiormente, o al menos refleje con talento, nuestra estupenda originalidad de naturaleza salvaje; traslade la tradición popular al terreno del arte; interprete, con fuerza y verdad, nuestro medio social y condense las vagas aspiraciones populares en el sentido nacionalista. Historia que sea crítica extirpadora de las fábulas y los fetichismos cívicos que, hasta ahora, nos han dado los cronologistas nacionales en sustitución de la historia. Obra que forme un criterio realmente histórico, con el cual se revaloren hombres y sucesos. Hablar de criterio histórico es hablar de criterio sociológico.

¿A qué público interesarían?

Los novelistas interesarían a todo el público que compra libros. Los cultos y los

estudiosos, atraídos por el valor del pensamiento y del lenguaje. Los frívolos porque la novela es el mejor modo de enterarse de las cosas sin fatiga ni esfuerzo penoso, y gozar del deleite profundo de las figuraciones artísticas. Quizá algún día la ciencia más árida y más árdua andará expuesta en modos novelescos, con fines didácticos. Desde luego que, si así fuese, la extensión de la cultura general ganaría mucho. Los «libros de entretenimiento» forman nuestra sensibilidad, nuestro gusto estético y nuestro acerbo de ideas universales mucho mejor que los estudios académicos, en que el método científico no consulta las versatilidades de la inteligencia, que obedecen tal vez a otro método más natural y más sabio.

Los autores de historia y sociología criolla interesarían también al público dotado de alguna educación intelectual; pero, más que todo, a los políticos. Y corre válida la afirmación de que en Centro América todos somos políticos.

Una revisión crítica de nuestra historia y sus instituciones sería de una importancia tal en estos países como ninguna revolución armada la ha tenido ni la tendrá nunca.

Esto cuanto al público local. Quedaría el inmenso público hispanoamericano que obedece en sus lecturas a análogos incentivos. Veintitantas naciones de habla castellana, sin contar España, son un fabuloso mercado para el comercio de libros.

Un buen negocio editorial previa selección de autores

La casa europea o americana que quisiese editar a los novelistas y a los escritores sociológicos de estos pueblos haría un buen negocio pecuniario.

Habría una selección previa e inteligente. Desdeñaríanse a los poetas y a los escritores fatigantes, de mentalidad rutinaria y maneras de escribir anticuadas. Estos, que generalmente son parásitos de los que mandan, los puede seguir editando el Estado para repartir sus obras entre los partidarios del presidente de la república.

Los que merecen la edición universal son los otros, los revolucionarios, los nacionalistas, los verdaderos hispano-americanos, con pocos o ningunos parches exóticos. Ellos son quienes intentan la creación del arte y la historia vernáculos, independientes y desdeñosos de servilismos intelectuales y mentiras consagradas.

He dicho que tenemos paisaje, tradición y carácter matizados de indiscutible originalidad. Quienes los fijan y revelan en la literatura apasionarán a los públicos.

El desconocimiento

Esta empresa chocará con un grave inconveniente: el desconocimiento de los autores hispano-americanos en los centros editoriales de Europa. Se necesita ser un Ingeniero, un Bunge, un Vasconcelos, un Blanco-Fombona para arribar al reino de los editores de allá. Y esto es insensato. Vasconcelos era desconocido hace unos pocos años como escritor. Circunstancias

ajenas a su talento literario le dieron una notoriedad estruendosa de la noche a la mañana. Sin ella, es decir, sin lo fortuito, es posible que aún hallara dificultad en encontrar un editor para sus obras.

Esto ocurre en Hispano América todos los días. Aquí hay buenos escritores y podría haberlos geniales: nadie se entera. Se oponen los casi insalvables obstáculos del desconocimiento que el mundo civilizado tiene de nosotros, como si se tratase de pueblos bárbaros, mientras en España misma, en los vecinos Estados Unidos del Norte se editan por millones las memeces literarias de una legión de arrivistas. Parece que los escritores de Hispano América pagasen con su ineditismo el fracaso económico de sus Estados.

Demanda de libros

La demanda del libro crece en todo Hispano América. En Guatemala, de cinco años al día presente, se han duplicado las ventas y los expendios de libros. Los editores buscan con fiebre nuevas obras y nuevos autores. Ninguna producción es bastante a contentar a los viciosos del «opio occidental» de Anatole France.

Sin embargo, ningún editor latino se ha atrevido a explotar la producción hispanoamericana. Probablemente se reserva esta conquista económica cultural para algún Enrique Ford de los editores, yanqui, por supuesto.

Las soluciones inmediatas

Para llenar la deficiencia de editores debería comenzarse porque las sociedades, los ateneos y las bibliotecas capaces, de Hispano América, tomaran a su cargo la edición de obras seleccionadas de nuestros autores poco conocidos o inéditos.

No recuerdo qué casa de París comisionó a Alejandro Sux para organizar un concurso de la novela hispano-americana. Se editaría en los principales idiomas europeos la mejor obra de cada país, y las que le siguiesen en mérito, en lengua castellana.

El proyecto era excelente para descubrir nuevos valores literarios y conquistar el mercado de libros en estas repúblicas. Pero ignoro la causa que impidió realizarlo.

El libro: problema nacionalista

Hay que hacerse cargo, finalmente, de que la difusión del buen libro hispanoamericano es uno de los principales problemas de nuestro nacionalismo. América es, no sólo en el nombre sino en la realidad más inquietante, *el nuevo mundo* que ha de salvar la civilización occidental.

El libro hispanoamericano puede hacer por el iberoamericanismo mucho más que las sociedades y ateneos a cuya cuenta corre el cultivo de este ideal político.

El libro hispanoamericano merece que se reúnan congresos en su favor, del mismo modo que se hace con la enseñanza, el periodismo, las ciencias especiales, el comercio y la industria. Y que se destinen partidas en los presupuestos públicos para su

difusión y su defensa. Si don José Vasconcelos, en vez de editar clásicos griegos y latinos, de dudosa influencia en la educación de nuestras gentes, gasta los millones del Estado mexicano en editar los buenos libros vernáculos, habría hecho por la raza, por la lengua y por América mucho más de lo que hizo.

Los periodistas nuestros acaban de gastarse buenas sumas en asistir al congreso de la prensa en Washington, con el único objeto de servir de títeres en el tablado panamericanista de Mr. Rowe. Mucho mejor hubiese sido emplear ese tiempo, esos entusiasmos y esos fondos en constituir una liga del libro hispano-americano, que ha de ayudarnos contra los imperialismos intelectuales de los Rowe.

Lo que se necesita, en resumen, es tomar en serio el libro hispanoamericano. Que se convierta en un interés incorporado al nacionalismo y a la política de defensa racial, ya que él es, y en grado máximo, un factor de nacionalismo y un instrumento poderoso, si se le sabe utilizar, en el triunfo de tal política.

CARLOS WYLD OSPINA

Guatemala, mayo 1926.

Dos tipos de Administración

Mas para ello sería menester una Administración de servicio público y no una Administración de imperio. Son dos tipos muy diferentes. El papel de la una es servir; el de la otra, mandar. La Administración, entendida como órgano de servicio, es una empresa cooperativa de servicios públicos. El orden mismo es un servicio público. Para realizar su cometido necesita estar enterada y enterar a los Poderes públicos, a los órganos de la soberanía. Una de sus principales funciones es la información, la documentación estadística constante, que sólo puede formarse estudiando de cerca los hechos sociales. La otra Administración no siente la misma necesidad de saber: se lo tiene todo sabido en su Alcubilla y su Colección Legislativa; su prurito es vigilar, intervenir, fiscalizar, cuadrangular al particular o al súbdito, al cual titula acaso ciudadano para halagarlo con ese título, que es de los más escarnecidos. Todo se enlaza, la noción y la práctica del Estado, el tipo de la Administración, la calidad de los servicios...

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(*El Sol*, Madrid).

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto Un SOL

Apartado N.º 176. Lima, Perú.

Colorido americano en *Ifigenia*, libro de Teresa de la Parra

=De la Revista de la Universidad de Cuenca, Ecuador.=

IFIGENIA, *Diario de una Señorita que escribió porque se fastidiaba*.

Este es el título de un libro de exquisita sensibilidad femenina, sobre el que ponemos estas líneas, que ojalá respondan al entusiasmo de quien las escribe, no con el fin de hacer examen crítico, (para ello bien pudo merecer la autora consagraciones por el estilo de la del galano prólogo de Francis de Miomandre), sino para exaltar con ello el mérito de esta producción que enriquece el acervo de la literatura moderna española y americana.

No hemos de insistir sobre el legítimo triunfo alcanzado por este libro, premiado en París en el concurso de novelistas americanos con 10.000 F. y sobre la edición; puesto que el acierto del premio es esta vez de las mejores justificaciones del valer de los certámenes literarios, que sin tener el tiempo suficiente para el cabal análisis de una obra (aunque lo tienen bastante para el mucho discutir) no pueden siempre fallar el difícil pleito literario. Los libros, pues, a decir verdad, son como las personas, tienen secretos, que se nos revelan poco a poco, (igual le ocurre al mismo autor) y sólo en días de limpidez espiritual nos es dado comprenderlos. Sorprender en el primer momento las cualidades de un libro es la buena fortuna de la intuición. Tampoco el libro de Teresa de la Parra necesitó el blasón del triunfo literario, ni lo que llaman el espaldarazo de las consagraciones, para que sea leído y estimado por el público inteligente. Lo del premio en *contante y sonante*, es otra cosa, que no está por demás, o mejor dicho, que está muy bien en estos tiempos que no son los de la antigua gloria eremítica... en que los artistas convivían amablemente con la mismísima miseria. La edición pagada es la gloria, que no entienden los que pagan sus libros que no se leen... y es igual al triunfo de amor, *que está en venta*, que diría esta deliciosa rebelde.

El Arte mejor convive hoy con el refinamiento: que nos lo diga si no, la bella autora de *Ifigenia*, en quien de hecho se denuncian todas las aristocráticas trivialidades de la elegancia y la moda. Lindo *egreso* es el de sospechar que tuvieron aquellas *entradas de artes liberales*, que nunca lo serán tanto como en el encanto de unos cuantos pomos de perfume que generosamente se volatilizaron, en la alcoba de los adorados secretos narcisismos.

**

Si en España—no sin razón—se quejan de las irrupciones de la literatura francesa y alemana, existiendo aún amplio el tema nacional, ¿qué diremos nosotros los hispano-americanos, allá donde no pocas veces se palpa la desorientación de las malas, importunas adopciones, que salvo los grandes

maestros del joven continente, han podido encauzarlas como valores de accesoión en definidas corrientes espirituales?

En la América de todos los emigrantes, cuántas veces hemos visto falseada no sólo la realidad de nuestro ambiente, sino lo que es peor, hasta la vida misma, por influencia del libro europeo. ¿Quién no recuerda, por ejemplo el caso de los poetas malditos de la literatura francesa que causó estragos en cierta juventud americana,—la que sumida en el desencanto del más contaminado pesimismo, acabó en la tragedia del fracaso, en el envenenamiento físico y moral, y hasta en el suicidio, matando hermosas actividades, en un epílogo ficticio y en prematuro cansancio y dolor no sufridos aún?... Recuerdese también los innúmeros enfermos del arte irremiso del cabaret y del ajenjo que causara más víctimas que el no menos imitado e inimitable Verlaine transido de piedad y arrepentimiento, cuyos vuelos místicos, por la misma amargura de la caída y el pecado, alcanzan un acento más hondo que el de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en quienes el misticismo es la suave contemplación divina que no tiene la patética humillación del poeta pecador, a la que no han llegado sus mejores discípulos.

Como pueblos jóvenes, han tenido todos los de América la característica de la imitación; el elemento primitivo de esas naciones nuevas, que podía ser un valor efectivo de originalidad, se los ha ocultado con frecuente sonrojo, ante la manía de parecer europeos y europeizados... y así han ido a parar allá sin reserva, lo francés, lo inglés, lo alemán, lo ruso, lo italiano,—en fin, las manifestaciones todas del Arte de la cultura universal y hasta las meras tentativas; pero todo ello de una manera dislocada, trunca, mutilada, que ha servido sólo de elemento de dispersión y confusión de las propias orientaciones. El mal, que con razón se llama fenicio, y el de preferir al ser, el parecer —y está claro que sin mayor utilidad—ha revestido caracteres alarmantes; se ha vivido como quien dice al día, llenando el tiempo con una pobre actualidad de prestado, y cuando hacemos el balance, nos encontramos con el propio déficit, que es natural a quienes viven sólo del crédito. Pocos son por desgracia los casos de excepción que podemos contraponer a estas afirmaciones, de los que supieron asimilar lo extraño sin perder el punto de vista de lo propio. Único es el magno Rubén Darío, que naciera formado para su Arte cosmopolita triunfal; a este nombre podemos añadir los de una docena de maestros como Montalvo, Rodó y otros de su talla, que con una gran personalidad, conscientes se elevaron en pedestal incommovible. En cambio son tan frecuentes y numerosos los fracasos de la individualidad intelectual falseada, plena de

superposiciones librescas, que acaban sintiendo la vida en los libros sin comprender el libro de la vida. Es penoso constatar la pérdida de la fisonomía literaria de algunos escritores americanos de trascendencia, como una gran poeta del Continente, a la que el tagorismo viene de afectarla profundamente, en merma de su genial originalidad... Asimismo se puede comprobar cuán pocos son nuestros literatos que han sabido o saben dar la sensación completa del ambiente americano; es tan común e involuntario el traslado del ambiente europeo, que no es raro encontrar apreciaciones del paisaje y la naturaleza europeos adoptados a lo americano, vg: esas novelucas y cuentos que provienen muchas veces de tierras soleadas donde cantan los grillos, y que nos describen las estaciones del año y hasta nebulosas pasiones, en tierras donde el amor es un grito sin reserva. Si el Arte es el colorido, si el Arte es verdad y vida, mal podemos convenir con el Arte opaco, y de falsificaciones y falsedades como pululan por allá.

**

Uno de los méritos más claros de *Ifigenia*, en el sentido de ambiente y colorido, es la de la auténtica procedencia americana, que no la consigue, ni mucho menos, la mayoría de los que pretenden hacer Arte nacional sin más que unos cuantos nombres toponímicos e indígenas... En *Ifigenia*, sin que haya sido el propósito principal de la autora —que no lo tuvo ninguno cuando *escribía porque se fastidiaba*,—las impresiones no están aquejadas de caducidad aprendida, la visión es directa y personal, y por lo mismo de una frescura y realidad magníficas. En ese su estilo encanta la difícil sencillez, libre de las modosidades de los que todavía escriben y piensan y sienten con los léxicos abiertos, y la gramática en su punto y el diccionario de la rima en el bolsillo y con los patrones del estilo metidos en los ojos... La brújula de Teresa en cuanto escribe—sin embargo de ser persona de erudición—es su finura de oído, su gusto: en una palabra, su sapiencia femenina, sorprendente y luminosa. Hay en ella un horror a la pedantería y a lo postizo, que lo rechaza como haría con los adornos personales de mal gusto... Esta circunstancia le ha obligado a servirse en tal forma de lo propio que, sin temor de asegurar una falsedad, se puede decir que en su libro hay enorme cantidad de un apreciable caudal de expresiones americanas, de giros y modismos, pero ennoblecidos en una donosura fina, flexible, cuando no en el estilo sugestivo y abundante de mil detalles preciosos. En el mismo subtítulo se puede notar el empleo de un *fastidiaba* por un *aburria*, que como otras tantas veces, da aquel sabor tan singular de lo americano. Esto no quiere decir que la autora de *Ifigenia* desconozca todo el tesoro originario de la lengua, que le es familiar y que con innata elegancia fluye de su pluma o de sus labios; sino que con ello, quiero significar toda mi antipatía a los pseudo clásicos y a los insufribles es-

tilistas amanerados... Tengo para mí, que así simplemente y sin quererlo, se puede y se debe hacer Arte nacional: quede a los pedantes el campo del Arte simiesco, del Arte engañoso y ridículo...

Entre el fulgor de tantas mentidas joyas..., saludamos ufanos al libro y al temperamento que han logrado preservarse con alma selecta, del mal del ambiente pequeño, nada formado para el desarrollo del escritor, y donde su personalidad tiene que luchar contra una mole de prejuicios, contra prematuras admiraciones y odios, que como es de suponer, adquieren mayor virulencia cuando se trata de una mujer; y cuanto más hay que añadir en el presente caso de una joven de sociedad, y para el colmo de todo, harto guapa para agrandar... hasta a los no letrados. Mas, Teresa ha sabido sacar partido de todas estas condiciones y calidades, para componer un libro único que ha de entusiasmar a todo lector; precisamente la obra maestra de esta autora está extraída de los obstáculos que oponen a su espíritu moderno los prejuicios seculares de familia y aun de la sociedad; el cerrado ambiente de una ciudad americana, que da ocasión a aquel peregrino intimario, maravilla de belleza femenina, iluminada de una doble inquietud corpórea y espiritual, que son goce y dolor de la amplitud suprema de una juventud privilegiada.

La figura central o mejor dicho descen- trada en la obra, es una joven huérfana, que después de efectuada su educación en París, regresa al seno de su familia que habita en la capital venezolana, donde resignada se recluye en la clausura del clásico hogar a la española. Allí la autora nos muestra su medio familiar, irrevocable prisión para su alma alada, donde no se puede salir decorosamente, sino de brazo del novio para ir a la boda... o clavada en las seis tablas de un ataúd... María Eugenia Alonso,—así se llama la heroína—comienza por hacernos conocer a su simpática abuelita, buena como el pan; luego nos presenta a tía Clara, la solterona un tanto boba, uno de esos caracteres cenicientos que dan la impresión de una existencia congelada y absurda. Antes, el día de llegada de María Eugenia, que vuelve del viejo mundo, apenas barruntado desde el colegio, gracias a su sorprendente malicia hemos conocido a Tío Pancho, soltero de profesión, pobre empleado público; en una palabra todo un fracasado simpatiquísimo. Con igual ocasión nos pone delante al tío Eduardo—¡vaya un tío diría un castizo!,—el polo opuesto del tío Pancho: palúdico crónico, acatarrado de constitución; allí nos pone delante, vestido de dril y con su mujer fea, rodeado de una larga y espantable prole—probándonos que no hace honor a Malthus—(como no lo hacen tampoco las moscas y sus congéneres). Esta figura risible es el blanco frecuente de las graciosas burlas de María Eugenia; este es el tipo representativo de la ambición, el acaparador de los bienes de la familia. En efecto, no hay diferencia de esta efigie moral con la de los acaparadores que

nunca faltan en las familias. El tío Eduardo ha desposeído a todos sus hermanos, de la hacienda íntegra del difunto padre de María Eugenia; está ya entre los tentáculos de este pulpo acatarrado y vestido de dril.

En este elenco, cuyos caracteres están admirablemente trazados, y en una casona de su abolengo, en Caracas se desarrolla toda la narración de *Ifigenia*, narración amenísima en que ni un momento nos separamos de la grata compañía de la autora. Sin embargo de ese ambiente que pesa como una montaña de plomo, la estancia de María Eugenia entre los suyos—por ese milagro inmanente de la juventud que tiene cascabeles y rosas para todas las tribulaciones—termina por serle soportable. Se refugia dentro de las cuatro paredes de su habitación, donde el buen gusto y su imaginación han obtenido triunfos en el decorado. Dispone nimiamente el arreglo menudo de sus cosillas; los cuadros en su sitio, las combinaciones afortunadas de flores en los floreros, todo nos habla de la exquisita coquetería y refinamiento de su dueña. Allí está frente al patio la mesa de escribir que llega a ser para María Eugenia la amada y secreta confidenta; sobre ésta reposan las blancas páginas en las que va bordando lentamente sus pensamientos. Es su placer íntimo, bordar, bordar todos los días. Pero no son ya esos pensamientos rosas y espinas que bordaba la colegiala; son sus alegrías, sus penas, sus ensueños y sus traviesas sonrisas. Allí con transparencia luminosa, dándonos esa sensación de lentitud de las horas, en un ir y venir de ideas, asistimos a la cristalización del alma de una mujer compleja y delicadísima. No tarda en surgir el conflicto amoroso, que no podía faltar en torno de esta gardenia caraqueña, que adquiere en las dos últimas páginas del libro, álgida complicación: las dos representaciones del amor—, la una el amor amor, por decirlo así; la otra, el amor ajustado a las conveniencias económicas, al que le empuja su familia, llegan a tener un cariz dramático, pero con aquel dramatismo trascendente que va al doloroso sacrificio individual. En el final del libro, en donde se halla el único arranque literario, la heroína adquiere a momentos todo el temple de la indignación y la protesta, pero al fin termina perdiéndose en el silencio y la resignación.

De ese modo María Eugenia, tenida por los suyos como la muchacha peligrosa, infiltrada de las libertades de la diabólica Europa, que había maleado—según el decir de la abuelita—*la severidad propia de una niña decente*, de ese modo diré,—la cabecita loca de la casa sobre la que llueven interminables y sabios consejos—salvándose ella misma del peligro de una pasión irregular en la que estuvo a punto de sucumbir, de ese modo da un mentís a las inútiles reprimendas y a las gazmoñerías caseras; de ese modo, no sin haber sufrido el lento sacrificio de sus bellas rebeldías, saca triunfante su profunda dignidad. Y queda cumplido el anuncio de ese personaje interesante de la obra, del que no hemos hablado: la criada

negra, amiga de María Eugenia, que en medio de su sonora y constante risa, decía a su ama que las señoras y amas no podían pasar sino por las cosas dignas... que ella, la criada negra era cosa aparte...

La amiga de María Eugenia, la criada negra, la hembra vigorosa saturada de filosofía viseral, la de los decires picarescos, (prohibidos terminantemente para los oídos de la joven... y ella tenía una alegría maliciosa en escucharlos), es un personaje rústico de enorme valor antitético al lado de los estafermos inhumanos que rodean a la bella joven... Aquella risa blanca de la negra, símbolo de la alegría sin pecado, diríamos que resuena como un eco dionisiaco en las páginas finales...

Dentro de la simplicidad del motivo que acabamos de diseñar, en el espacio que va de un episodio a otro, hay en *Ifigenia* tal cantidad de observaciones sobre el país y sobre la naturaleza que los siente con sensibilidad novísima y un cúmulo de notas psicológicas, de pinceladas, que la atención va sugestionada ante tanta y tan prolija variedad de incidentes; y hasta tal punto esto es cierto, que no se podría apagar ningún detalle sin dañar el conjunto. El libro voluminoso como es, no llega sin embargo a fatigar.

Ifigenia es pues un libro de colorido, de sugestión, amasado maestramente en arcilla de la realidad; es un libro germinado en el silencio y cuajado en la lentitud de las horas y que no está compuesto en literatura ni desnaturalizado por los mirajes del éxito... La pluma de Teresa de la Parra tiene a momentos el dinamismo raudo de un maestro Dostoiewsky; escribe con la sinuosidad del pesamiento; y armoniosa y sutil, nos muestra las múltiples facetas del enigma femenino, que como fuegos de artificio pasa un momento ante nuestros asombrados ojos.

Con efusión y contento por este triunfo de las letras hispano-americanas, ensayando un ademán de elegancia romántica me inclino ante esta joven y bella autora, que no contenta de ir por la vida, pisoteando mirros, se adorna también con la simbólica rama de laurel.

CORNELIO CRESPO Y VEGA

París—1925.

Manuel F. Cestero

Ha muerto el señor Manuel F. Cestero, dominicano que vivió mucha parte de su vida en los Estados Unidos de América, ocupado acá y allá, en trabajos de índole literaria, como *Cuentos a Lila*, y aun de índole didáctica como *A propósito de la educación del niño*. Fué siempre un enamorado de su patria. La muerte le ha sorprendido ejerciendo el cargo de Cónsul en Santiago de Cuba. Piérdese en él uno de los más entusiastas propagadores y voceros de la belleza, el talento, y los recursos naturales de la República Dominicana.

(Patria, Sto. Domingo, Rep. Dom.)

El fuero parlamentario en Inglaterra

Veamos cómo el Gobierno inglés respeta, en estos días de tan honda perturbación pública, el fuero parlamentario. Un diputado comunista, Mr. Saklatvala, es detenido por la policía por haber pronunciado un discurso en Hyde Park sobre la huelga, que se estima subversivo. Se le ofrece la libertad a cambio de no hablar más en público de aquel conflicto. Objeta Mr. Saklatvala que no le es posible aceptar el compromiso porque, siendo diputado, tiene el deber de intervenir en los debates que se produzcan en la Cámara de los Comunes acerca de la huelga. La respuesta del Gobierno no puede ser más constitucional: «En el compromiso que se os exige no puede venir comprendida vuestra actuación parlamentaria; en la Cámara podréis hablar de la huelga cuanto os plazca; el Parlamento está por encima de todos; las medidas gubernativas, de orden preventivo, no pueden mermar su soberanía».

J. ROIG Y BERGADA

(La Libertad, Madrid).

El Cardenal Mercier

DESIDERIO José Mercier, Arzobispo de Malinas, Primado de Flandes, Cardenal Presbítero de la Santa Iglesia Romana, acaba de morir.

Quedan sus obras, blancas, nobles, labradas y finas, como el encaje de las encajeras de Mechelen, ni más, ni menos.

Era flaco y enjuto, como los cristos de Quintín Metssys y de Rogerio Van der Weyden.

Fué su santidad medioeval y gótica, como el relicario de Santa Ursula de Memling, en Brujas, como la flecha de Santa Gertrudis, en Lovaina,

En esa dulce Bélgica de los canales y de los Beguinages, él era un obispo de verdad, como, en las cartas a Timoteo, los quiere San Pablo, un obispo siempre fiel a la magnífica divisa: «Apostolus Jesu Christi».

Y así como, en los días cargados de don Carlos el Temerario, detrás del Beffroi o torre de las libertades, se agazapan los municipios flamencos; así ahora, en la grande guerra, estaban rugiendo los dos leones, el valón y el flamenco, detrás de la sotana roja del Arzobispo de Malinas.

«La unión hace la fuerza», detrás de una sotana roja de cardenal, cuando este color rojo no es el escarlata de los obispos cortesanos, para las ceremonias vacías de un catolicismo de etiqueta, en una catedral profana llena de hombres de negocios y de mujeres desenvueltas; sino el rojo rubí de la Preciosísima Sangre, el rojo de las antorchas encendidas, para leer en la Catacumba de Pretextato, la Carta de San Pablo a los Romanos, el rojo vivo de la lámpara de Cristo, para iluminar y poner al desnudo la espantosa miseria de las farisaicas sociedades modernas, cristianas de

nombre, donde a pesar del cristianismo de las palabras, sufren como esclavos ¡ferrati le genus! nuestros hermanos los criados y nuestros hermanos los trabajadores y sobre todo nuestros hermanitos los hijos naturales. Así fué roja la sotana del Cardenal Mercier.

Yo pondría sobre su tumba, la sublime divisa de su episcopado: «Apóstol de Jesucristo». Tendría el mismo sabor de aquel «Christianos eimi». «Cristiano soy» de los días mareados de la persecución de Septimio Severo.

«Apóstol de Jesucristo». ¿Cuál otra mejor bandera para envolver los despojos mortales de Desiderio José Mercier, Cardenal Arzobispo de Malinas?

Sus obras como el encaje de las encajeras de Mechelen. Flaco y enjuto, como los cristos de Quintín Metssys y de Rogerio Van der Weyden. Su Santidad medioeval y gótica, como el relicario de Santa Ursula de Memling, en Brujas, como la flecha de Santa Gertrudis, en Lovaina. Su sotana roja como el Beffroi o torre de la libertad, en las ciudades flamencas. Y para mí, su recuerdo, silencioso, cariñoso, dulce y apacible, como el Beguinage de Löwen y como los dormidos canales de Flandes.

A. H. PALLAIS
Pbro.

León de Nicaragua.

Dos realidades evidentes

El Congreso de Bolívar no tuvo, en mi concepto, otro fin que el de rendir un homenaje a la gloria del Libertador y sus insignes colaboradores extranjeros. Pero, exceptuado el objeto a que se dedicó, me parece que ha permitido sentar dos realidades evidentes: una, la esterilidad de las asambleas formadas por representantes de los gobiernos, los que, por ceñirse a sus instrucciones oficiales, coartan su iniciativa fecunda y la expresión de sus pueblos respectivos; otra, un miedo cervical y un servilismo asiático a la voraz Yanquilandia. El delegado hondureño Trejo Castillo, que tuvo el valor, en esta ocasión, temerario, de concretar la opinión y las aspiraciones de su patria, fué ipso-facto destituido por su gobierno...! Conversando con varios delegados--y ello confirma mi criterio sobre la inutilidad de los congresos continentales de raigambre burocrática—he tenido la satisfacción de extraer como conclusión consoladora la de que no únicamente se ha formado ya la conciencia hispano-americana, sino que tal conciencia empieza a adquirir un vigor inusitado y lleno de virtualidades... En vez de que los despachos gubernativos designasen a los miembros de las magnas asambleas, ¿no sería mejor que tales miembros fueran elegidos por entidades que cristalizaran funcionalmente nuestras comunes inquietudes, nuestros conceptos unánimes, nuestras preocupaciones hondas ante los problemas decisivos de nuestras repúblicas americanas? Tema es éste que yo anhelo ofrecer a la atención de usted, mi querido y respetado don Joaquín. EL REPER-

TORIO podría abrir una *enquete* al respecto y orientar a quienes sienten la gravedad de la hora presente. Yo bien sé que usted no ha de arrojar en saco roto la insinuación que le hago. Conozco su gran comprensión y aprecio el valor de su obra ejecutada. ¿Cómo voy a dudar, por un momento, de que usted ha de escuchar el clamor de uno de los más entusiastas lectores de su semanario-brújula?...

JORGE GUILLERMO LEGUÍA

(Fragmento de una carta al Sr. G. M.)

NOTA.—Rogamos a los escritores de América y España que reciban esta entrega del *Rep. Am.*, se sirvan considerar el interesante asunto que propone el Sr. Leguía, y a serles posible, nos remitan las sugerencias que el caso suscita. Un conjunto de valiosas opiniones al respecto podría orientar eficazmente a los futuros congresos *bolivarianos*, para indicar con esta última palabra el propósito continental de unión y cohesión salvadoras, entre estos países.

gm

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscripción anual, aislada y directa: \$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. ADR. del REPERTORIO AMERICANO
Ap. Letra X
San José de Costa Rica, C. A.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales,

Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Sueño de una noche de otoño

Noche de otoño. Un escolar de doce años trabaja con desgano en su habitación. Toma un libro del pequeño estante de pino y caen otros al suelo, que el niño no recoge; entre ellos, un cuaderno de historias infantiles que se abre y queda con sus láminas al aire, mostrando las figuras de un Hada y un Héroe. Siéntase a su mesita, iluminada por una lámpara a petróleo; lee un instante; bosteza. Inicia una copia, y no tarda en arrojar el portaplumas que rueda hasta el extremo de la mesa, quedando en equilibrio. Fastidiado y soñoliento, mira con rencor sus libros, sus papeles. Finalmente, oculta el rostro entre los brazos y se duerme sobre su trabajo abandonado.

EL RATÓN.—*(Asoma por un agujero del zócalo; observa minuciosamente la habitación; husmea el aire con repetidos movimientos del hociquillo agudo. Tiene los ojos brillantes como dos chispas y los bigotes tiesos y descoloridos. Da algunos pasos, rápidos y cortos; salta sobre una silla; contempla al niño y murmura con voz sofocada y, sin embargo, chillona):*

Está dormido... Sí, como todas las noches... Tiene la buena costumbre de dormirse en cuanto abre sus libros. ¡Ah, si fueran así todos! ¡Qué vida regalada la nuestra! Pero esos pícaros seres que se llaman humanos... Porque los gatos son terribles, no puedo negarlo; pero los gatos son nuestros enemigos naturales y es más decente morir entre sus garras que en trampa vil, bajo la escoba de una vieja o envenenado con queso. ¿A quién puede ocurrírsele envenenar el queso, manjar divino, sino al Hombre? ¡Ea! *(Salta sobre uno de los libros caídos)*. Vamos a instruirnos un poco más. *(Ríe maliciosamente y muerde una hoja)*. ¡Qué cosa insípida! Cada vez ponen papel más ordinario.

LA POLILLA.—*(Es una larva instalada en el cuaderno de historias infantiles. Habla con la boca llena y voz muy débil)*. ¡Bien dicho!

EL RATÓN.—*(Aterrorizado)*. ¿Quién habla? *(Calmándose)*. ¡Ah! Buenas noches, niña. ¿Siempre alimentánete?

LA POLILLA.—Se hace lo que se puede. Ya sabes que me resigno a todo; pero no me falta paladar. He roído en mis buenos tiempos obras muy finas, ricamente encuadernadas. La mala suerte me trajo aquí. Sólo hay libritos baratos...

EL RATÓN.—No te lamentes, que bien gorda estás. Tú eres de aquellos que viven para comer y consideran bueno todo lo que se come.

LA POLILLA.—¡Hombre!, digo, ¡Ratón! Y tú ¿de cuáles eres? ¡Vaya una insolencia! Como si no supiese con quién trato.

EL RATÓN.—Y no lo sabes. Me juzgas tu igual porque me ves ramonear estos papeluchos... *(Irguién-*

dose, peinándose los bigotes). Pero no me confunda usted, señorita. Yo soy un ratón de mundo. He viajado por todas las casas de la vecindad. Tengo mi diploma de ingeniero: ¡nadie hace túneles como yo! Conozco excelentes cocinas, despensas bien provistas. Cambios de fortuna que todos los grandes de la tierra sufrimos, me han obligado a pellizcar en tu compañía. Pero hay distancias, largas distancias, entre tú y yo. Mira bien: este es un libro de historia natural; casualmente, se habla del gato en esta página. Voy a devorarla para conocer a fondo la anatomía de mi enemigo. Y tú ¿qué comes sin saberlo y sin que te importe? ¡La tapa de un librito de cuentos! ¡Ja, ja! Con que no lo olvides: yo soy un explorador, un sabio...

EL POLVO.—*(Forma un granito entre las costuras de uno de los libros caídos)*. ¿Quién habla de sabiduría sin nombrarme?

LA POLILLA.—*(Con mucho respeto)*. ¡Maestro!

EL RATÓN.—*(Con azucarado afecto)*. ¡Querido amigo!

EL POLVO.—*(Halagado, pero soberbio)*. Os escuchaba. Me gusta oír hablar de jerarquías, siempre que se me coloque por encima de todos.

LA POLILLA.—*(Con humildad)*. De ti venimos.

EL RATÓN.—*(Con profunda reverencia)*. Y a ti volveremos.

EL POLVO.—Sólo yo voy, vengo, torno a partir y no ceso de andar.

EL RATÓN.—¡Cuánto habrás recorrido!

EL POLVO.—Pssch... He viajado por todos los climas.

EL RATÓN.—También los ratones viajan en las bodegas de los buques.

LA POLILLA.—Y nosotras, entre suaves pieles, en el fondo de los baúles, como en camarotes de lujo.

EL POLVO.—*(Despreciativo)*. ¡Infelices! *(Con elocuencia)*. A mí me han conducido todos los vientos del planeta. He cruzado inmensos ríos sobre el ala de las golondrinas, desiertos sobre las jorobas del camello, praderas sobre el lomo de los elefantes. He vivido en la corona de los reyes y en los harapos del pordiosero. He danzado sobre las torres de la ciudad y dormido sobre las tumbas.

EL RATÓN.—¡Qué bien se dormirá en las tumbas!

EL POLVO.—No lo creas. El viento barre las lápidas, y a veces, cuando menos se piensa, cae alguna lágrima ¡tan amarga!... Prefiero, para dormir, las bibliotecas públicas.

EL RATÓN.—¿Cómo es eso?

EL POLVO.—*(Nostálgico)*. ¡Qué paz hay en ellas! ¡Qué agradable penumbra! ¡Qué dulce abandono!

LA POLILLA.—*(Soñadora)*. Si se me ofreciera la dirección de alguna...

EL POLVO.—Hace pocos meses pasé una temporada en los altos estantes de una gran biblioteca. Nunca tocaron mis gordos libros ni me visitó el plumero. Hasta que un día el viento abrió una claraboya y me invitó a salir. Anduve errante por la ciudad, y ayer, al sacudirse una alfombra en el balcón de enfrente, salté de ella hasta aquí. Vuelvo a los libros; pero son pocos, y esta habitación me parece demasiado limpia y ventilada para que yo pueda echar raíces.

EL RATÓN.—*(Lisonjero)*. Además, para un sabio como tú... Porque estos son libritos de enseñanza elemental... o cuentos, como ese que saborea nuestra amiga... con héroes milagrosos, hadas... nobles sentimientos, empresas maravillosas...

EL POLVO.—¿Hay todavía quien cree en todo eso?

LA MARIPOSA.—*(Con brío desafiante)*. ¡Yo! *(Los tres*

personajes anteriores, muy sorprendidos, la miran revolotear sobre ellos).

LA POLILLA.—(*Rompiendo el repentino silencio*). No hagáis caso. Es una moza que vive de fantasías.

LA MARIPOSA.—¡Calla! que viéndote me avergüenzo de haber sido lo que eres... ¡Si tú supieras de la ebriedad del vuelo, del amor de la luz, de la pureza de las alturas!

EL POLVO.—Yo lo sé. (*Orgullosamente y como de memoria*). A mí me han conducido todos los vientos del planeta. He cruzado inmensos ríos sobre el ala de las golon...

LA MARIPOSA.—¿Vas a repetirnos tu lección, estúpido? A ti te llevan y te traen, te arrinconan y te avientan, eres nube o alfombra e ignoras por qué subes o bajas. Yo hablo del acto voluntario, del vuelo en torno de la flor elegida, de la danza nocturna alrededor de una luz brillante que se ama.

LA POLILLA.—(*Sin poder contenerse*). ¡Muera la luz! A nuestra familia la sacan al sol para que reviente.

EL RATÓN.—(*Sin perder la serenidad*). Yo también detesto la luz, como todas las personas de gusto exquisito. La oscuridad es protectora, en ella nada pueden los palos que se me destinan; lamento únicamente que sea, también, amiga del gato. Pero, en fin, tú que citabas las danzas en la luz, ingenua Mariposilla, ¿conoces, acaso, mis acrobacias en la sombra? ¿Y sospechas el placer de perforar un muro levantado por los hombres; de atravesar un laberinto de cuevas, de correr por los tirantes del techo, y todo ello entre tinieblas?

EL POLVO.—(*A la mariposa, burlonamente*). ¿Y confías amar la luz, cuando ella es quien quema tus alas y te reduce a cenizas?

LA MARIPOSA.—¿Qué importa morir por lo que se ama? Yo vivo para la luz: que ella disponga de mi vida. ¡Tantas delicias le debo! Contemplad esta lámpara: ilumina serenamente, abrillanta los objetos, dijérase que canta con una voz muy suave, tan suave como si sólo naciera para atenuar la frialdad del silencio. Hasta vosotros parecéis menos miserables bajo su caricia... (*Los aludidos hacen gestos de protesta*). Yo vuelo en redor de su llama, fatalmente atraída por su esplendor, con el delirio de un ángel que recorriese las esferas, de astro en astro, vestido de mil reflejos, deslumbrado y deslumbrante. Suponed que los matices de mis alas incendian mi cuerpecillo en mitad del vuelo... ¿Qué muerte más natural y hermosa?

LA LUZ DE LA LÁMPARA.—(*Enternecida*). Gracias... No se cómo expresarte mi gratitud y mi admiración... Yo también te amo... Fuerzas misteriosas te arrastran hacia mi claridad y mueres en mi llama, a pesar mío... Ni tú ni yo regimos el universo, ni conducimos nuestro destino... Solamente los necios se consideran dueños del mundo y pretenden que el mundo sea como lo ven ellos.

EL POLVO.—(*Entre dientes*). ¿Se referirá a nosotros?

LA LUZ.—(*Que lo oye todo*). También a vosotros me refiero. ¡Harta me teníais ya con vuestras impertinencias! ¡Maldita sea la hora en que vinisteis a este cuarto! Ya habéis comenzado a destruir los libros de mi niño. Ya lo veo todo manchado con vuestro aliento.

LA POLILLA.—(*Con inocencia*). Los libros se hacen para que yo los carcoma.

EL POLVO.—(*Con rencor*). Y para que yo duerma sobre ellos.

EL RATÓN.—(*Con falsa sonrisa*). Este modesto ratoncillo se permite declarar, con todo el respeto que merece la ciencia, que muerde los libros sin arre-

pentimiento cuando no abunda el queso. ¡El estómago es sagrado!

LA PLUMA.—(*Desde el borde de la mesa, mirando hacia abajo, y con la violencia de una espada que entra en combate*). ¡Pillos! ¡Si estuvierais a mi alcance! ¡Hablar así de mis creaciones!

LA LUZ.—¡Gloriosa Pluma! Tu voz vibrante purifica esta atmósfera. ¡Cuánto tiempo estuve sin oírla! Yo te contemplaba con tristeza, noche tras noche, al verte inactiva, abandonada, o dirigida torpemente por ese escolar perezoso. Mirándote, recordaba otras horas, laboriosas y serenas, en que tuve la dicha de alumbrarte. Corrías alegremente sobre el papel sembrando semillas de bondad y de belleza. La mano del conductor deteníase, a veces, indecisa, no cansada, esperando órdenes del pensamiento. Yo concentraba entonces mi intensidad en la frente contraída del hombre, y hubiera querido penetrarla, iluminar los caminos de la idea, facilitar el nacimiento de esa otra luz que aclara las almas, pacifica los corazones y fecunda las inteligencias...

LA PLUMA.—(*Con melancólica dulzura*). Hermana mía, tus palabras disipan mi indignación. Has tenido la oportuna gentileza de evocar mis horas más felices: al servicio de un noble escritor, grababa yo su pensamiento que ahora corre en libros armoniosos. Pero tú conoces, asimismo, mis horas de duelo y de vergüenza. Instrumento creado para el bien, la verdad y la justicia, he sido empleado, por manos traidoras, para el mal, la calumnia y la venganza. Nunca podré lavar esas manchas que no son mías y me sofocan! Sólo el recuerdo de la obra me salva y tranquiliza. ¡Qué hermosa lucha la del pensamiento creador! Tú recordabas la frente del hombre que piensa y duda, majestuosa en su silencio; yo podría hablarte de la mano electrizada. ¡Oh, cómo se siente, a través de ella, la fiebre mental, la jubilosa angustia de la creación! Basta mirar su escritura para comprender los vaivenes de la idea y las oscilaciones de su forma. La mano que me conducía velozmente y sin tropiezos, obligábame, de pronto, a desandar el camino, a borrar un palabra, una frase, todo un período, con tachadura profunda y repentina como una cuchillada. Anotaciones fuera de línea, garabatos indescifrables que invadían ya lo escrito, signos caprichosos mezclábanse desordenadamente en la página, tornándola difícil de recorrer como una selva virgen... La imprenta se encargaba luego de aclarar el caos. Pero la tipografía del libro no revelará nunca el esfuerzo tenaz, las dolorosas alternativas, la magnífica batalla que yo he presenciado.

EL RATÓN.—(*Dándose un golpecito con la cola*). ¡Ahora me lo explico! La otra noche, en una imprenta de este barrio, encontré varios papeles escritos así, como tú dices. Creo que allá les llaman «originales», ¿verdad? Mordí algunos, y poco después tuve dolores de vientre.

LA MARIPOSA.—(*Indignadísima*). ¡Ah, infame! Estaba en éxtasis oyendo a estas personas superiores y me haces descender, de golpe, al nivel de tu inmundicia.

EL POLVO.—(*Con acentuada hostilidad*). Pues para que tú y tus compañeras se vayan acostumbrando a nuestra... bajeza, te diré que yo he cubierto con mullida capa, en todos los tiempos, en todos los países, verdaderas montañas de esos manuscritos.

EL RATÓN.—(*Aplaudiendo*). ¡Bravo!

EL POLVO.—En épocas remotas de las que yo sólo puedo hablar aquí con autoridad (*tose*), los hombres tenían su biblioteca en la memoria. Todo lo aprendían y transmitían oralmente, cantando al són de

suaves instrumentos o dando a sus palabras una cadencia que las hacía musicales. Abandonóse lentamente la tradición. Los hombres comenzaron a grabar sus leyes, sus conocimientos, sus recuerdos, sus fantasías, en piedras, en metales, en hojas vegetales, en pieles, en el papel por último. Y os aseguro que desde entonces—y han pasado muchos siglos—una de mis ocupaciones predilectas fué siempre... oídllo bien... dormir en tan cómodos lechos. La invención de la imprenta me proporcionó una nueva comodidad: los libros. De modo, ilustre Pluma, que puedes continuar tu obra: produce, y me brindarás flamantes almohadones.

LA PLUMA.—(*De buen humor*). Con mucho gusto. A pesar de tu largo sueño sobre piedras inscriptas, pergaminos y libros, no se han perdido las ideas de la antigüedad y la civilización reconstruye su cadena despedazada. A pesar de tu sueño tranquilo en las grandes bibliotecas públicas, no falta quien turbe aquella soledad y recoja, para él y para los que nunca la visitan, esa luz redentora que brilla en cada página de los grandes libros. A pesar de que llegues a utilizar como almohadones las obras que yo consiga escribir, siempre habrá alguno que te sople y aproveche el tesoro que llevarán escondido. El libro es el símbolo de la cultura contra la barbarie ¿Qué importa que muchos lo ignoren o lo desprecien? El hombre que lee y se instruye conquista un arma poderosa que los otros no alcanzan a adivinar. Lo sabrán, sin embargo, cuando perdidos y abandonados en la oscuridad de su noche, sigan, como dócil rebaño, a aquel que lleva su lámpara encendida.

LA MARIPOSA.—(*Entusiasmada*). ¡Magnífico!

EL RATÓN.—(*Arrogante*). Yo no necesito de tus luces para orientarme en las tinieblas.

LA POLILLA.—(*Soñolienta*). Pero ¿de qué habláis? (*Bosteza*). ¿Continúa la discusión? Me dormí tan profundamente... Y he despertado con apetito. Voy a probar el vestido de esta sabrosa muchacha.

LA MARIPOSA.—¿Del Hada? ¡Oh, infamia!

LA LUZ.—¿El vestido azul? ¡Te quemaría las entrañas!

EL RATÓN.—(*Sarcástico*). Querida Polilla, tú aprovechas el tiempo. ¡Que se cierre el debate! Yo voy a saborear la coraza del Héroe.

LA PLUMA.—¿Qué dices? ¡Oh, acero mío! ¿No hay alguna mano que te haga espada?

EL POLVO.—(*Jovial*). Y yo voy a enterrar los res-

tos del Hada y del Héroe, con los honores correspondientes.

LA MARIPOSA.—(*Volando frenéticamente*). ¡Fuerzas del Bien! ¡Espíritus de Justicia! ¡Yo os invoco! ¡Acudid en nuestra defensa!

LA LUZ.—Nada temo. Confío en la protección de lo inesperado. La Belleza y el Heroísmo no pueden morir miserablemente. ¡Se apagarían para siempre todas las luces del mundo!

LA PLUMA.—¡Sentimientos sublimes, ideas generosas que pasasteis por mí para derramaros por todos los pueblos! ¡Formas puras, nobles caracteres que yo ayudé a crear! ¡Hacéos presentes! ¡Levantaos como fantasmas y espantad a los ruines, o rompedme en mil pedazos antes de que se cumpla la mayor vergüenza! (*La Polilla, el Ratón y el Polvo ríen a carcajadas y hacen piruetas escandalosas*).

EL RATÓN.—(*Imitando sucesivamente las tres voces*). ¡Fuerzas del Bien! ¡Protección inesperada! ¡Sentimientos sublimes! (*Con voz natural, pero cómica*). ¡Contemplad cómo este ratoncito devora el pecho del Héroe! (*Disponiéndose a saltar sobre la lámina*). ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las...!

(*Rápidamente llega el Gato, atrapa al Ratón y barre al Polvo con la cola. Cae la Pluma del borde de la mesita y se clava, como una flecha, en la Polilla*).

EL RATÓN, EL POLVO Y LA POLILLA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

El Gato huye con su presa.

El Niño despierta. Una sonrisa bondadosa y feliz anima su rostro. ¿Ha oído, tal vez, en sueños, aquellas diversas voces que únicamente en sueños pueden oírse? Recoge los libros caídos, los limpia, y después de contemplar las figuras del Hada y del Héroe, los coloca cuidadosamente en el estante. Pone la pluma, con delicadeza, en su lugar. Mira con insistencia la llama de oro de su lámpara. Levanta los ojos... Hay una ternura nueva en su mirada. Parece que busca la mariposa... Parece que el Hada le hubiera acariciado el corazón... Parece que el Héroe le hubiera dado un abrazo fraternal... Siéntase a su mesita y recomienza decididamente su trabajo.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Rép. Argentina.

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mútuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt.
París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Suscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Suscribase al REPERTORIO AMERICANO
y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.